Juan Goytisolo

PUEBLO EN MARCHA

Libros de la Pupila

Carátula: MANUEL ESPINOLA GOMEZ
Copyright: Libros de la Pupila
Montevideo - URUGUAY

¿Por qué recuerdo yo esta frase de don Jorge Manrique, siempre que veo, hojeando diarios y revistas, los retratos de nuestros milicianos? Tal vez porque estos hombres, no precisamente soldados, sino pueblo en armas, tienen en sus rostros el grave daño y la expresión concentrada o absorta en lo invisible de quienes, como dice el poeta, "ponen al tablero su vida por su ley", se juegan esa moneda única —si se pierde no hay otra— por una causa honradamente sentida. La verdad es que todos estos milicianos parecen capitanes, tanto es noble el señorío de sus rostros.

Los milicianos de 1936.
Antonio Machado.

I

La palabra Cuba se asocia instintivamente en mi memoria a una cálida tarde del verano de mil novecientos treinta y nueve en una casa de campo de mi padre próxima a Barcelona. La guerra civil había terminado meses antes y, tras aquel turbio paréntesis de acontecimientos oscuros, en mi universo reinaba el orden de siempre. Mi familia había recobrado bienes y propiedades y, aunque sin mi madre, muerta durante un bombardeo en las calles de la ciudad, mi primitivo mundo infantil se reconstituía. Volvía a ser un niño bien, aceptablemente rico, destinado, en virtud de una ley maravillosa, a sobresalir, como habían sobresalido mis antecesores durante generaciones y generaciones por el simple hecho de haber nacido en hogar pudiente como yo, entre los demás chiquillos que, en los años de confusión y desorden, habían compartido mis juegos, y me habían enseñado a agradecer diariamente a Dios el prodigioso favor que suponía pertenecer al bando de los escogidos y acaparar con él, de modo vitalicio, la bondad y la riqueza, la dignidad y el poder, en medio de la respetuosa admiración de la gran multitud de los desafortunados. Durante la guerra, la casa había sido ocupada por una escuela de niños huérfanos y, aquella tarde, mientras recorríamos las habitaciones revueltas y sucias, mi padre cogió un machete que había encima de un escritorio y, por primera vez, me habló de la familia y de Cuba. Supe, de este modo, que mi bisabuelo había desembarcado allí un siglo atrás buscando la vida y que, gracias a una tenacidad y abne-

gación verdaderamente ejemplares, había dejado a sus hijos, al morir, la propiedad de dos ingenios de azúcar y de un respetable número de negros. Un dibujo hecho a lápiz, enmarcado en el saloncito contiguo a la galería, mostraba a un caballero de rostro enérgico, cuya mirada autoritaria formaba un rudo contraste con la expresión bondadosa y los ojos apacibles de la bisabuela. Al lado de ellos mis abuelos y tíos me parecieron singularmente apagados. Dueños de un capital inmenso habían consumido su vida entregados a sus deberes sociales y devociones religiosas. Los retratos los representaban distinguidos y fríos, levemente caducos y como abrumados por el peso de sus responsabilidades. Al acabar la guerra de Cuba habían liquidado los ingenios para establecerse definitivamente en España y —habiendo ganado en respetabilidad lo que perdieron en algún revés de fortuna— morir llorados por todos, casi con la aureola de santos.

De ellos nací yo —vástago tardío de la familia— heredero de un pasado glorioso vinculado al recuerdo de Cuba. Los años de la revolución se habían esfumado como un mal sueño e, instalado de nuevo en mis prerrogativas, estudiaba en el colegio de pago en el que se había educado mi padre y pasaba mis vacaciones escolares en la misma casa de campo en donde, siendo niño, había veraneado él. Fueron tiempos felices, desdibujados y borrosos, durante los que, acomodado en los sillones de mimbre del jardín, revivía la epopeya familiar hojeando la edición encuadernada de la vieja "Ilustración Española y Americana". Me habían dicho que los esclavos negros adoraban al abuelo y lloraron amargamente al obtener la libertad, y mi imaginación se desbocaba leyendo las hazañas de los soldados que combatían en la manigua. Con gran sorpresa, me enteré de que un grupo de cubanos se habían alzado inexplicablemente contra nosotros, y la intervención de Estados Unidos y el hundimiento de la escuadra española me llenaron de desconsuelo. Cuba encarnaba a mis ojos el paraíso perdido. Entre las cartas y legajos amontonados en la buhardilla había descubierto una colección de fotos amarillentas, cuya imagen no se ha despintado todavía de mi memoria. En una de ellas aparece el bisabuelo, con sombrero de paja y bastón, contemplando la torre del ingenio, los tachos y las pailas. Otras, muestran los barracones de batey y una guardarraya de palmas reales, el palacete de Cienfuegos y un salón criollo con mecedoras, columnillas, espejos, tiestos de arecas y sofás de caoba. Mi preferida reproducía un tren cañero, con nuestro apellido escrito en la anticuada locomotora y una larga hilera de jaulas y bateas listas para la zafra. Mi niñez transcurrió entre aquellos recuerdos y, aún ahora, la nostalgia del mito infantil obsesiona mis noches de insomnio, cuando el día ha sido particularmente gris y el trabajo duro y, por una razón misteriosa, en la estructura del mundo que rodea a uno, uno no advierte, como debería, la imperiosa necesidad del cambio.

Más tarde volví a pensar en Cuba por diferentes razones. Había cumplido catorce años y empezaba a interesarme por la política. Todas las mañanas devoraba los comentarios editoriales de los periódicos, y el rostro ceñudo y grave de los adultos me daba a entender que la situación se deterioraba. Poco a poco se había adueñado de mí el miedo por lo que existía, por la solidez de mi universo cerrado y dichoso. El fin de la guerra mundial me había abierto los ojos respecto a los progresos del socialismo y, quienes me habían enseñado a dar gracias a Dios por mi piedad y mi fortuna, me ponían en guardia, entonces, contra su empresa destructora. En el mapamundi escolar medía el avance continuo de la gangrena y, en tanto que relegaba al olvido mis ensoñaciones infantiles, leía con el corazón palpitante las noticias de las huelgas y revoluciones, las estadísticas aterradoras de los diarios. Europa me parecía demasiado frágil e insegura. Algunas noches me despertaba con la frente orillada de sudor y, secretamente, había decidido mudar aires. Si el enemigo invadía el continente había que huir a un lugar más

tranquilo. Como los chinos que escapaban de Mao planeaba refugiarme en Cuba. Un tío paterno —muy seriamente— me aconsejaba el Congo o Angola.

Mis proyectos no se realizaron jamás y, cuando volví a pensar en Cuba, andaba a la vuelta de los veinte años y estudiaba leyes en la Universidad. La eventualidad de una revolución no me asustaba como antes y, a medida que crecía mi rencor contra la clase social en que nací, meditaba acerca de los orígenes de nuestra fortuna y la dudosa nobleza de sus blasones. La historia del bisabuelo había perdido insensiblemente su aureola infantil de romanticismo. Las fotografías amarillas del ingenio no me interesaban ya, y si me inclinaba sobre la "Ilustración Española y Americana" y examinaba el rostro de los hombres sacrificados de nuestro pueblo mientras los embarcaban a luchar contra sus hermanos mambises, no advertía en ellos ningún trazo de orgullo o sed de aventuras, sino la triste resignación de unos obreros y campesinos arrancados de su tierra para defender intereses extraños. Entonces empecé a desempolvar los fajos bien ordenados de la correspondencia del bisabuelo y, entre las liquidaciones y balances de las Bancas de Nueva York, Filadelfia y París, descubrí las cartas de los esclavos, embebidas de un dolor viejo de siglos, escritas con la sangre de sus muertos y las lágrimas y el sudor de su dignidad pisoteada. Bruscamente, mi respetabilidad burguesa me horrorizó. El simple nombre de Cuba constituía un reproche, y la conciencia de mi culpa y de la culpa de mi estirpe y de mi clase y de mi raza, me abochornaron. Durante bastantes años —inconscientemente quizá— preferí creer que Cuba no existía en absoluto y que los señoritos que me hablaban de ella y ponderaban su paz social y el orden batistiano tenían razón; que el pecado de los españoles —si es que hubo— había sido olvidado hacía tiempo, como las cartas de los esclavos de las que nadie se acordaba o los soldados anónimos del cuerpo expedicionario sepultados en la fosa común.

Desde que abandoné mis estudios hasta mi voluntario destierro a Francia mi vida conoció pocas alteraciones. Fueron años ingratos, de vacilaciones y dudas entregados a una minuciosa tarea de derribo y liquidación. Había empezado a tirar de una cuerda e ignoraba lo que arrastraba detrás. Sabía que los valores de mi clase eran mentirosos y huecos, pero no disponía de otros para remplazarlos. Lentamente consentí escuchar las razones del enemigo y me veía obligado a reconocer la justedad de su causa. Al término de este proceso comprobé, con cierto asombro, que la conclusión a que había llegado a costa de tantos esfuerzos, la inmensa mayoría de mis conciudadanos, por el mero hecho de haber nacido pobres, la sostenía desde siempre con perfecta naturalidad. Entonces comprendí el verdadero significado de nuestra guerra y supe que, a despecho de cuanto me habían inculcado, me alinearía, en adelante, en el bando de los desposeídos.

Mi porvenir no quedaba resuelto sin embargo, y el contraste brutal entre la realidad y la idea, mi impaciencia y el ritmo lentísimo de la historia, me confundía y desanimaba. A momentos me inclinaba a creer que estaba loco, que todo era producto de un mal sueño, que nuestras cosas no cambiarían nunca. El desembarco del *Granma* y los combates de la Sierra me sacudieron de mi apatía. Había una maldición que parecía pesar sobre los pueblos de nuestra lengua, siempre dormidos, siempre inmóviles y como aplastados bajo el peso de las oligarquías y las castas. La odisea de Fidel y sus hombres era la negación de esa fatalidad, la prueba inequívoca de que el sueño largamente acariciado era empresa posible. Todo el otoño de mil novecientos cincuenta y ocho había vivido pendiente de los periódicos y, conforme se precisaba el resultado de la lucha, mis últimas dudas desaparecieron. Recuerdo como si fuera hoy la mañana fría y brumosa en que leí la noticia de la huida del dictador. Sentía que nuestra hora había sonado al fin. Estaba rodeado de franceses que caminaban de prisa hacia las bocas del Metro y tenía ganas de aproximarme a ellos y abrazarlos.

Gracias a la Revolución, Cuba había irrumpido una vez más en la esfera de mis preocupaciones más urgentes y, a medida que colmaba mi anterior vacío con su estímulo, y sustituía mi desánimo con su esperanza, su presencia me resultó indispensable. Cuando aterricé en el aeropuerto de La Habana las imágenes sucesivas de mi infancia, adolescencia y juventud se esfumaron ante el espectáculo del pueblo que la Revolución había puesto en marcha. Acababa de divulgarse la nueva del asesinato del brigadista Manuel Ascunce y, desde la ventana de mi habitación, contemplé el inmenso gentío que inundaba la amplia calzada de la 23. Aquellos rostros de milicianos y soldados, viejos y chiquillos que reclamaban justicia los conocía bien. Eran los mismos que, veinticinco años atrás, habían irrumpido en mi universo de niño satisfecho y que, entonces, me habían sobrecogido de temor. La antorcha revolucionaria estaba ahora en manos de Cuba y, por una hermosa lección de la historia, ya no era España quien indicaba el camino a su ex-colonia, sino la ex-colonia quien daba el ejemplo y alumbraba los corazones, nos ilustraba y nos precedía. Defender a Cuba era defender a España, como un cuarto de siglo atrás morir en España fue morir por Cuba. Los esclavos se habían impuesto finalmente sobre el recuerdo del bisabuelo. Ochenta años después de su muerte, sus descendientes saludaban con júbilo el triunfo de la Revolución cubana.

Por espacio de dos meses y medio recorrí la isla de un extremo a otro. De Santiago a Guane, de Varadero a la Ciénaga de Zapata, compartí la existencia del pueblo, bebí y alterné con él. Cuanto refiero acerca de la región de Manzanillo hubiera podido escribirse respecto a Santa Clara, Pinar del Río o Camagüey sin que mi testimonio sufriera modificaciones. Las seis provincias de Cuba viven con igual entusiasmo el proceso de la Revolución y sus hombres poseen las mismas cualidades de nobleza y dignidad de quienes he intentado retratar en estas páginas.

II

Hay ciudades cuya personalidad se impone como una evidencia al viajero desde el instante de su llegada y otras que requieren un acercamiento minucioso, un proceso de adaptación lento y difícil. Las hay también a las que el forastero no se adaptará jamás y su encuentro será como el de dos personas que, después de saludarse en un aeropuerto o estación de ferrocarril, se despiden para no volverse a ver.

Cuando visité Manzanillo por primera vez me pareció que conocía a la ciudad de toda la vida. Era una tarde limpia de diciembre y yo venía en automóvil desde Santiago, a través de los viejos dominios de paro y latifundio. Recuerdo que el viento alborotaba el güin de las cañas y, en la dehesa llana y como sin fin, el ganado retozaba en los cayos de manigua que emergían de trecho en trecho, igual que islotes.

A lo largo del trayecto, guajiros con sombreros de yarey y botas montunas iban y venían a caballo, achicándose conforme nos alejábamos hasta desaparecer por las trochas y guardarrayas. Otros aguardaban inmóviles el paso del coche de línea, con las asentaderas apoyadas en los talones y un cabo de tabaco entre los labios. Los edificios modernos de las granjas avícolas y porcinas campaban entre los varazones de cuje y cumbreras de guano de los bohíos. Junto a una barraca un negro se columpiaba en su mecedora y mi guía señaló el letrero clavado en la puerta: ESTA CASA ES CUBANA Y ESTAMOS DISPUESTOS A DEFENDERLA. PATRIA O MUERTE. Un chico se asomó con

una cesta sobre los hombros. Como acelerábamos nos hizo adiós con la mano.

—A los diej añoj amarran el machete y tumban caña iguá que loj hombre —dijo el chófer.

De Palma Soriano a Jiguaní, de Jiguaní a Bayamo, nada evocaba ya los tiempos en que en los centrales de Fico Fernández, no se ponía el sol. En caseríos y aldeas los guajiros pegaban amistosamente la hebra frente a la Tienda del Pueblo, la fotografía de Fidel adornaba todos los bohíos y, a orillas del camino, los estantes de jiquí pintados de anaranjado y blanco del INRA se sucedían durante kilómetros y kilómetros.

Cerca de Bayamo nos detuvimos ante una manada de bueyes que cruzaba la carretera. Las chicharras zumbaban de modo ensordecedor y, mientras el ganado se emboscaba entre las agujas de la tranquera, el mayoral se aproximó a nosotros y cambió un apretón de manos con el chófer. Era un hombre robusto, de piel oscura y mate, vestido con una camisa blanca y un pantalón de amplias perneras que le cubrían la caña de las botas. De la funda de cuero sujeta al cinto sobresalía la culata de un revólver. Cuando mi compañero le preguntó por la salud esbozó un ademán con los hombros.

—Asín asín. Vira virando.

—Mi cuñao te vio lotra tarde en el Seguro.

—Voy do vese a la semana, a que me piquen.

—¿Y tu señora?

—Muy bien. Orita etaba en casa, con el chico.

El mayoral apoyaba sus antebrazos en la ventanilla y el chófer se volvió para mirarme.

—Acá el señó ej epañol.

—Marselino Milán, pa servirle —dijo el hombre—. ¿Pasiando?

Sí, dando una vuelta.

Los bueyes habían entrado en el potrero y el mozo colocó las trancas entre las agujas. Marcelino nos estrechó la mano de nuevo. Al arrancar, el chófer dijo

que era bayamés como él y que, durante la guerra, habían luchado juntos.

—Cuando sonaron lo tiro no fue de lo que sagacharon. En el Jigue se fajó él solo contra sei soldao de Sanche Moquera.

—¿Le hirieron?

—Lisieron una mortandá... Lo balasiaron cuando salía de su casa y lo torturaron pa que cantase. Ven acá, cómo lo pondrían que lo dejaron por muerto. Al triunfá la Revolusión fui a visitarlo al hopitá y daba pena verlo. Un hombre cabía sío tan fuerte, gujeriao por toa parte...

Mientras atravesábamos la ciudad el chófer me refería aún la historia de Marcelino. Nos apeamos a beber un café.

—Durante la tiranía loj humilde sufrimo mucho. Lo cuatro peje gordo cabía en Bayamo cortaban el bacalao pa eyo solo y lo demá debíamo repartino la sobra.

—¿En qué trabajabas? — dije.

—Ultimamente manejaba el carro dun tipo rico. —Hizo un gesto de excusa con los labios—: Como no te buscase alguna palanca no ganaba ni pa la frita.

Pasado Bayamo tuve la impresión de que el paisaje cambiaba un tanto. El sol estaba a punto de tramontar y la luz respetaba la variedad de los colores. El corojo, el yarey y la caña barajaban sus verdes diferentes. Los contrafuertes de la Sierra Maestra adquirían una transparencia casi azul y, hacia el Cauto, el llano se tendía uniforme y liso, salpicado a intervalos por el techo de guano de un bohío o la graciosa silueta de una palma real.

Desde la ventanilla contemplaba los setos de cardón y piñón florido, el cangre amarillento de la yuca, las plantaciones de arroz anegadas. Los maizales alternaban con las siembras de tomate y verdura. Un puente de tablas salvaba un riachuelo orillado de cañas de bambú y, más allá de Yara, la carretera cortaba en dirección al mar hasta las primeras aglomeraciones urbanas de Manzanillo.

A la entrada, un grupo de muchachas engalanaba las farolas preparando la recepción de los brigadistas. La ciudad había sido proclamada la víspera Territorio Libre de Analfabetismo y, mientras avanzábamos bajo la empavesada de banderitas y arcos triunfales, el chófer me dijo que todos los albafetizadores de la Sierra se iban a concentrar allí antes de regresar a La Habana.

—¿Cuánto tiempo vaj a etá?

—No sé —repuse—. Cuatro o cinco días.

—Entonse vaj a presensiá algo grande. Antié salió una caravana de camione pa traerloj acá. Verá tú qué molote habrá el vierne.

Manzanillo parecía reponerse del cansancio del día, y por sus calles circulaba un río de gente que salía del trabajo e invadía los soportales y aceras. Su aspecto —medio africano, medio colonial— me recordó el de algunas capitales andaluzas en las que la influencia árabe se mantiene viva al cabo de los siglos y, al desembocar en el parque, con su quiosco decimonónico, su iglesia blanca y la tertulia de jugadores de dominó en los locales del vetusto Círculo, me creí transportado de pronto a una ciudad española, como si mi niñez se hubiera desenvuelto allí y la población entera, con sus casas y moradores, hubiese habitado desde siempre las leyendas y sueños que componen la mitología personal de mi infancia.

Los músicos de la banda afinaban los instrumentos en el quiosco. Un coro de mirones aguardaba pacientemente el comienzo de la retreta. El chófer estacionó el automóvil frente al edificio de la Delegación Provincial de Cultura. La muchacha responsable había sido prevenida telefónicamente desde Santiago y dijo que me tenían reservada habitación en el Casablanca. El hotel distaba sólo unas manzanas del parque y, al llegar a él, me despedí de la muchacha y el chófer y subí a mudarme a mi cuarto. La noche anterior me había acostado a las tantas y, después del ajetreo y fatiga del viaje, era agradable descansar y dejar escurrir sobre la piel el agua fresca y leve de la ducha.

Cuando salí había oscurecido del todo. El quiosco de la plaza estaba desierto y la gente se recogía a cenar en sus casas. Durante más de una hora vagabundeé de bar en bar en busca de un órgano de Manzanillo. No di con ninguno y, mientras bebía naranja con bacardí me entretuve poniendo danzones en las victrolas.

Al tercer ron me sentía alegre y dispuesto a comunicar con el prójimo. El ambiente perezoso y adormilado de la ciudad me gustaba. De regreso a la plaza descubrí que había luz en los ventanales de la Delegación de Cultura. Alguien pronunciaba un discurso en el salón de actos y el público aplaudía con frecuencia. Acodado en la barra de un bar, esperé a que terminase la reunión. Minutos después los aplausos sonaron más fuertes y la asistencia entonó "La Internacional". El camarero me dijo que era la charla semanal de formación política y cívica.

El público se había desparramado por la plaza y, en unos momentos, el bar se llenó de bote en bote. Como en el Parque Central de La Habana, la gente se agrupaba en pequeños corros y comentaba el discurso del orador. A mi lado un negro vestido con un chaquetón de cuero elevaba la voz para hacerse oír. Debían zumbarle los cincuenta años, pues comenzaba a peinar canas. Le rodeaban varios guajiros con sombreros de ala ancha, botas del ejército y revólveres. El más joven del grupo tenía aspecto de andaluz y vestía uniforme de miliciano.

—Lo que ha dicho el compañero ej una gran verdá. Ora mucho se la dan de guapo y disen a lo cuatro viento Yo soy comunitta y anduve peliando en la Sierra, y Nosotro lo marsitta... Cuando oigo a uno hablá asín le digo: Mira chico; pa sé un buen comunitta uno ha de habé etudiao battante tioría y ha de conosé perfettamente lo libro de Carlo Mar y Lenin, y tú ¿qué sabe? ¿O e que cre que uno se vuelve comunitta de la noche a la mañana?

El hombre miraba a su alrededor y los guajiros aprobaron con movimientos de cabeza.

—Eso lo mismo se destiñen y se hasen protestante o lo que convenga — dijo uno.

—Por acá corre algún elemento que es un caretudo —dijo el miliciano—. He visto a más de un compañero seder el asiento en la guagua cuando entra una buena hembra y quedarse sentado si sube una viejita. Mucho hablar de moral y luego bota el dinero de sus hijos por ahí, con una piesa... A mí que no me digan. Esto es negativo.

—Sí, señó. Por eso el compañero insittía en la nesesidá de sé modetto. Cuando uno se pone a hablá de lo quiso y lo que noíso y cantarse lo mérito me digo: Malo, malo... Ette no e buen revolusionario ni lo será nunca.

—A lo mejor es de los que sescondieron en su casa mientras nosotros nos fajábamos y después se pasiaban con la barba como si hubieran desembarcado con Fidel...

—El primero denero tol mundo había peliao contra Batitta —dijo un guajiro—. Al león muerto cualquiera le pisa el rabo.

El anillo de curiosos se había ido ensanchando poco a poco y, sin advertirlo, me encontré en el centro del grupo. El negro aguardó a que callaran y se dirigió al miliciano pausadamente.

—Mi señora, por ejemplo, en su vía se ha interesao por la política. Cuando eligimo Paquito Rosale yo iba a to lo mitine y eya no paraba de desí quettaba loco y que se me había corrío una teja y mucha cosa ma que me cayo. —Sonrió—. Pue bien, pónme asunto que la cosa tié su ají. La otra noche va y me dice: Hilario, yo también soy marsitta leninitta. Así mimmo, con etta palabra... Y yo que me la miro le pregunto: ¿Tú? ¿dedde cuando? Dedde ahora. Vaya, digo, ¿puej aclararme por qué? Porque Fidel e bueno con lo pobre y to somo parejo y ya no noj epplotan como ante... —Al reír, la boca de Hilario era una raja de melón blanco—. Mira vieja, le dije. Tú ha vivío toa la vía innorándome a mí e innorándote a ti mimma... ¿Qué sabe tú de marsimmo leninimmo y de tioría revolusionaria? Fidel ej una cosa y el marsimmo leninimmo otra, como etto ej un vaso y etto dacá una boteya. Así que no me armej un arró con mango o vamoj a tené tángana tú y yo... Primero ettudia y lueo hablaremo.

Los guajiros reían bulliciosamente y yo con ellos y, cuando alargaba mi vaso vacío al hombre de la barra, el miliciano se encaró conmigo y me preguntó si era del país.

—Español — dije.

—¿Hase tiempo que anda usté en Cuba?

—Tres semanas.

—¿Refugiao político?

—No.

—¿Ha venío usté en algún barco?

—Estoy acá de visita.

Como su rostro reflejaba cierta sorpresa le di una breve explicación.

—Ah, bueno —dijo—. Y ¿qué? ¿Le agrada esto?

Le repuse que sí, que me agradaba. Los guajiros bromeaban aún, tentándose el cuerpo como muchachos y, bajando la voz, el miliciano me explicó que Hilario —responsable en la actualidad de una cooperativa lechera— había sido, en un tiempo, uno de los primeros comunistas de Manzanillo.

—Siempre que hay charla de las ORI viene acá. A la gente le gusta oír lo que dise.

El camarero me sirvió un nuevo ron con naranja. Los guajiros me observaban curiosamente y oí susurrar a uno: "Acá es español". Como Hilario hablaba otra vez, se callaron.

—Lo que cren que sé marsitta e darse la buena vida y pasiarse en carro ettán confundío. Sé marsitta quié desí que uno ha de sacrificarse pol bien común... Hasé la cosa no por interé, como el capitalitta, sinó por una rasón de idialidá.

—La Revolución debe acabar con los comecandela y los aprovechaos —dijo uno—. Queremos a la gente clara, sin aguaje.

—Lo revolusionario tenemo que da ejemplo en to loj órdene. —Antes de lanzarse a uno de sus párrafos, Hilario se acariciaba la barba—: Lo que son la cosa... En la coperativa onde trabajo hay una chiquita de diesiocho año que conocco dedde quera una niñita. Antié noche me iba yo pal almasén y me sale al encuentro y me suelta: Viejo, ¿quié que te diga un secreto? Me gutta mirarte la cara. Cuando te osservo, no sé, siento unaj emosionej ettraña que nunca había conosío ni sabía quesittían... Un cocquiyeo en la sangre, un deseo dettá serca de ti... —Hilario se interrumpió unos instantes—: Ven acá, negra, le dije. Yo ya tengo mucho almanaque pa ti y soy muy feo pa etta ettrofa, de mo que mírame al corasón en ve de mirarme la cara. Mejó te vale aprendé cosaj útile que perdel tiempo en amoríoj e ilusione de niña tonta... Anda, ve y repite lo que te digo a tu madre o se lo voy a tené que repetí yo.

—Si yo fuera que tú me lo pensaba dos veses —dijo un guajiro riendo—. ¿Cómo está la muchacha?

—Puej hubieraj obrao mal —dijo Hilario—. Cuando era joven tuve oportunidá de deggrasiá ma de trenta y a toa la perdoné.

—Lo que es la vida. Yo suspirando por un chanse y tú...

—E que tú no comprende la cosa, chico. En il-la de Pino era repponsable del Partío y tol mundo tenía lo sojo pendiente de mi condutta. El cura y loj elemento burguesej epperaban cualquier erró mío pa calumniarno. La mujere me desían a vese: Tú erej un santo o erej maricón.

El negro Hilario reía muy fuerte y, aprovechando una pausa, los guajiros me interrogaron acerca de España. Querían saber un montón de cosas a la vez: hablaban atropelladamente.

Les contesté lo mejor que pude —empezaba a acostumbrarme ya a estos asaltos— y, luego que Hilario se retiró, el miliciano y un hombrecillo rubio dijeron que

allí cerraban a medianoche y se brindaron a acompañarme al bar Eureka. Pregunté cuánto se debía.

—Está todo cobrado — dijo el camarero.

—¿Quién lo pagó?

—El compañero. — Apuntaba con el dedo al guajiro más joven.

—Déjeme invitarle a mí.

—Otro día será. — Me tendió la mano despidiéndose.

—A lo mejor no nos volvemos a ver — protesté.

—Bueno, si no me ve a mí invita a otro y es lo mismo.

Salí a la calle con el miliciano y el hombrecillo rubio, y los demás guajiros y un mulato se unieron a nosotros. El miliciano caminaba emparejado conmigo y me preguntó si había visto a Fidel. Dije que lo saludé en la tribuna el día del entierro del brigadista Manuel Ascunce y sus ojos se iluminaron.

—¿Habló?

—No.

—Debes oírle hablar. ¡Qué pensamiento más ligero tiene el maldito!

—Fidel ej el Cristo de lo pobre —dijo un guajiro—. Vivíamoj engañao y él vino a desentupirno y abrirno lo sojo.

—Cuando pienso en tó lo que conosemos grasias a la Revolusión se me pone la piel erisá. ¡Fidel, carajo, es lo más grande que hay!

El miliciano refirió que hasta la caída de Batista había vivido en la ignorancia. Sabía leer y escribir, dijo, pero no comprendía lo que significaba la palabra "capitalismo" ni el sentido exacto del término "alienación". Creía que su patrono era muy bueno porque le daba un anticipo sobre su paga y en Navidad le regalaba un billete de veinte pesos.

—Lo que es la incultura. Yo lo tomaba por un dios, por un santo, por un rey, y él me robaba la plusvalía.

Nos acomodamos en la barra del Eureka, junto a

la victrola. A la entrada del bar había una banda de muchachos y, más cerca de nosotros, un negro tocado con un minúsculo sombrero gris. El camarero nos sirvió la ronda de cuba-libres. El miliciano bebía un jugo de guayaba.

—Con Prío y Batista los pobres ni podíamos entrar en los bares. Los ricos lo acaparaban to pa eyos solos.

—Se crusaban contigo y ni tan siquiera te daban la buenaj hora — dijo el mulato.

—Esa gente no soltaba un quilo ni por casualidá. Sacaba tú maj aceite de una piedra que deyo.

—Aqueyo era el relajo, chico. La plata pa uno poco y loj obrero comiéndose un cable.

—Al prinsipio creían que iban a comprá la Revolusión. Pero Fidel lo madrugó y se le cayó el altarito.

—Al peje le paresía buena la carnada hasta que lo enganchó el ansuelo —dijo un guajiro—. Como vuelvan acá faltarán guásima pa colgarlo.

El mulato explicó que, durante la dictadura, lo atropeyó un yipi de la policía y, en lugar de socorrerle, los agentes le molieron a palos y lo embarcaron preso. Los otros desempolvaban historias parecidas y fui a poner unos discos a la victrola. Al regresar a mi sitio el negro del sombrerito gris me tendió un mensaje escrito a lápiz sobre un rectángulo de papel:

SEÑOR EUROPEO, ATIÉNDAME

Me aproximé a él y contemplé su camisa roja y su pantalón blanco, separados por un delgadísimo cinturón color de oro. El negro me observaba a su vez con expresión indefinible y señaló un taburete vacío.

—Estoy bien de pie, gracias.

Me miró como si mis palabras le contrariaran e hizo un ademán con los hombros.

—¿Pueo haserte una pregunta? — Su voz era ligeramente pastosa.

—Las que quieras.

—E simple curiosidá —explicó—. ¿De onde ere?

—Español.

—¿Il-leño?

—No, de Barcelona.

—Mi papá era también catalán —dijo el negro—. Mi agüelito se yamaba Carbó.

—¿Catalán tú?

El hombrecillo rubio que nos acompañaba se acercó y me tiraba de la manga.

—Yo he fondiao ma de die vese en Barselona y no he visto a ningún catalán de tu coló.

—Catalán, sí señó. —Carbó se llevó a los labios un vaso mediado de cerveza—. En to lo chou y naiclú me conosen. Soy un trovadó romántico y voy a tener el gutto de...

El camarero dijo que estaba prohibido cantar. Hubo un instante durante el cual la voz de Benny Moré cubrió nuestro silencio. Carbó miraba en derredor, aturdido. Finalmente apuró el resto de la cerveza y se perdió en la calle tambaleándose.

No liaga caso —dijo el hombrecillo rubio—. Ej un lumpen.

—Ante de la Revolusión vivía de guataqueá a lo niño bitongo y no quería tratarse con lo demá negro — dijo el mulato.

—Tiene la mentalidá que le formaron los capitalistas y no comprende que los tiempos han cambiao... Él y otros cuatro piolos como él no se quieren adattar. El día menos pensado se marchan pal Norte.

—Que se vayan —exclamó el mulato—. Cuanto meno quén ma claroj ettaremo.

Benny Moré interpretaba "Bahía de Manzanillo". La victrola reinaba en la penumbra del local como un altar majestuoso. Los muchachos se habían acercado a ella y la rodeaban con devoto silencio; casi en actitud de plegaria. En aquel momento no me hubiera sorprendido que, obedeciendo a un fenómeno de sugestión, hubiesen hincado humildemente la rodilla.

Cuando nos fuimos daban las dos. Las calles estaban desiertas y los gatos huían atemorizados a nuestro paso. Mis amigos me escoltaron hasta el hotel. Nos des-

pedimos con efusiones y abrazos y el hombrecillo rubio prometió que pasaría a recogerme a la hora del desayuno.

III

Había olvidado la inseguridad de los ofrecimientos formulados al calor de una emoción pasajera, que en Cuba como en España nunca se llevan a cabo y, mientras me desayunaba, aguardé la llegada del hombrecillo en el comedor del hotel. Como no apareció, me asomé a saludar al poeta Navarro Luna y, tras una breve visita a los locales de las ORI, me encaminé sin prisas hacia el mercado. Por la mañana el tiempo había amanecido cubierto. Luego se desnubló poco a poco y, cuando atravesé la ciudad, el sol brillaba con inquietante fijeza y en el cielo no había una nube.

En cualquier lugar — independientemente de grados y latitudes— recorrer el mercado significa para mí una fiesta. Días antes de mi viaje a Oriente había vagabundeado bajo los soportales del parque de la Fraternidad de La Habana, encajando la prédica de los vendedores, aplaudiendo al domador de majáes, hojeando las oraciones milagrosas de los santeros. Allí, las fotografías en color de Fidel y Camilo Cienfuegos alternan con los cromos de Santa Bárbara y la Virgen de Cobre; las obras completas de Martí y los libros de Lenin, con folletos acerca de la explicación científica de la religión y ediciones baratas de Vargas Vila.

Por su ambiente popular y la presencia de los ficus, la plaza habanera recuerda extraordinariamente a la Alameda de Málaga. Más pobre, y castigado por un sol implacable, el mercado manzanillero me trae a la memoria el aspecto de zoco marroquí del de Almería. Los mesilleros venden chilotes y jarabe de melado de caña.

Otros anuncian camisas de mucha "dura" a precios "macheteados". Entre puesto y puesto, los herbolarios pregonan las virtudes curativas de las raíces que acaban de montear.

Un viejo exhibe un muestrario de EXTRACTO CONCENTRADO ON-DIT y me entretengo en leer las etiquetas de los frascos: "Cambia Voz" - "Rompe Guerra" - "Amansa Guapo" - "No me Olvides" - "Quita Maldición" - "Yo Puedo Más que Tú" - "Espíritu Vencedor". Su vecina me brinda un surtido de talismanes para el mal de ojo y le pago tres níqueles por la Oración del Ánima Más Sola.

En la esquina, un mulato estira un par de calcetines como si fueran de chicle. Los mirones le rodean a la expectativa y comienza una letanía con voz monótona: "Olidai... Día de fiéta... Nueva línia... Nuevo tejío... Mayor durasión... Bagaso de caña... Setáte... Caucho blanco... Nailon... Tejío múltiple en banda separada en forma de síper que sabre y sierra siempre a travé del tejío... No hay trabonaso... No hay enganche... Dose oferta namá"... Al terminar la cantinela desliza un punzón sobre la trama del calcetín y lo ofrece a la admiración de los curiosos antes de proseguir: "Olidai... Día de fiéta... Nueva línia... Nuevo tejío... Mayor durasión..."

Las manzanilleras caminan casi sentadas sobre sus faldas estrechas y van de un lado a otro, a socaire del sol, haciendo girar graciosamente las sombrillas. A mi lado una trigueña muy bien formada se detiene junto al carrito del fritero y le pregunta el precio de los sángüiches.

—Teenta sintao po sé pa uté — dice el chino.

—¿Y lo chiquitico de acá?

—Esi son ma balato. Quinse quilo y sinco del pan.

Inopinadamente la victrola de un bar difunde los primeros compases de "Tremendo punto". Es un himno triunfante, risueño como una obertura de Mozart, que alegra el espíritu y tira de los pies y las caderas de quienes lo oyen. La música imanta a la chiquillería

junto al tocadiscos y, desafiando el calor, algunos transeúntes cruzan la calle contoneándose.

En el otro extremo del mercado la gente se atropella en torno a un carrito que lleva la inscripción: ESPERADRAPO. LOS CALLOS SI TE LOS CORTA QUEDAS. El embaidor es un negro pequeño tocado con un sombrero hongo que se expresa de modo redicho y gesticula como un conferenciante: "Toa la sinfesione de lo pie vienen de quitarse los cayo con inttrumento pérforo cortante... Por eso yo informo a la multitú... Pocque la multitú e la congruensia de lo serebro... Lo que yo diga influye en la cosettuasión de mi persona... El ettímulo del sientífico e quel pueblo lo aliente... En una sosiedá uno consumen y otro produsen y, si lo que produsen no trabajan, lo que consumen, caresen... Al darle la rasone sientífica me quiero someté a la legalidá de la cultura..." Durante unos minutos lo escucho a la sombra de un toldo y, cuando veo un taxi, me adelanto y lo paro.

—¿Dónde va usté? — El chófer es hombre de una cuarentena de años, moreno, con gafas de sol. A su lado va un muchacho con el uniforme de los alfabetizadores.

—Dé una vuelta a la ciudad —le digo—. Elija usted mismo el trayecto.

—Bueno. Eso depende de lo que le interesa a usté.

—No sé. Yo no conozco nada.

—¿Ha visitao usté la Siudá Pesquera?

—No.

—Entonses podemos ir ayá. Verá usté una cosa linda.

El hombre me abre la puertecilla y me acomodo en el asiento de atrás. El automóvil —un Ford antiguo— tiene los vidrios partidos, cubiertos con tiras de papel engomado.

—¿Usté es extranjero? — pregunta cuando arrancamos.

—Español.

—Ya —dice—. Y ¿hace tiempo que anda por Cuba?

Es el diálogo de ayer, de todos los días. Le digo: "Tres semanas". Y él "¿Le gusta?" Y yo: "Muchísimo". Y él: "Siempre ha sido un país bello. Pero ahora es más bello que nunca". Luego, cuando me interroga a su vez acerca de España, le hablo de la actual situación, de su pasado y de nuestro porvenir. Al cabo de un rato de palique somos amigos ya y nos tuteamos como viejos conocidos.

—En Mansaniyo vivían algunos paisanos tuyos que no quisiera volver a ver ni en fotografía — dice.

—¿Se fueron?

—Fidel los devolvió a España por correo sertificado, pa que no se perdieran por el camino.

El chófer se llama Manuel, tiene mujer y seis hijos y es manzanillero rellollo. Mientras recorremos la zona del puerto me señala un jardín frondoso, con un bar bien acondicionado y un pontón para amarrar las embarcaciones, que ahora pertenece al INIT.

—Aquí se reunían antes los ruiseñores —dice—. Se sentaban a la sombra a tomar el fresco y se jalaban bebiendo güisqui.

—¿Recuerda tú el día que invitaron a don Delio? — pregunta el muchacho.

—Se enriquesían chupándonos la sangre a los pobres y luego no le daban de comer ni a la paloma del Espíritu Santo. —Manuel habla despacio, como repastándose en sus palabras—: Conosco a uno que manejó dos años pa eyos y no recibió jamás ni una virutica.

—El yerno de don Delio vino con lo gusano de Playa Girón. —El brigadista habla para mí—: Etá preso en il-la de Pino.

—Por lo menos éste la arriesgó — dice Manuel—. Los demás, en cuanto se les puso el mantecao duro, se apendejaron y se fueron pal Norte.

La carretera bordea el golfo de Guacanabayo y, a la derecha, el mar se tiende uniforme y liso. Un buque carbonero aproa hacia el perfil borroso de los cayos.

Bandas de gaviotas vuelan en torno a las palizadas flotantes. La luz espejea en la lumbra del agua y el resistero del sol alucina.

Atravesamos lo que fue barrio residencial de la burguesía de Manzanillo y, un centenar de metros después, Manuel me señala el edificio a medio obrar de los astilleros. La ciudad aparece inmediatamente detrás, construída sobre el flanco de la colina. Las viviendas de los pescadores se escalonan en la ladera, pintadas de rojo, amarillo, verde, blanco. Manuel ha aminorado la marcha y avanzamos por las calles asfaltadas y limpias. Las casas tienen tablas de césped y sus moradores han plantado setos de croton y macizos de flores. Una chiquilla de pinta gitana riega la hierba con una manguera. Los niños juegan a la pelota en el centro de la calzada y debemos tocar la bocina varias veces para que nos cedan el paso.

—Esto lo ha hecho la Revolusión pa los humildes —dice Manuel—. To esta gente vivía antes en chosas, sin lus, ni escuela, ni médico, ni na... La mitá de los niños morían resién nasíos.

—¿Cuántas familias hay?

—Más de quinientas. ¿Quieres que entremos a ver una casa?

Manuel estaciona un taxi junto a uno de los jardincillos y echa un párrafo con una mujer de cierta edad que toma la fresca en una mecedora, a la sombra del portal. El brigadista se ha apeado también y hace señas de que le imite.

—Venga — dice.

La mujer y Manuel nos aguardan en silencio. Cuando me aproximo, mi amigo me señala con un ademán.

—El compañero es español.

—Bueno día. —La mujer me estrecha la mano torpemente—. Pasen.

Un letrero reza sobre la puerta: LOS HABITANTES DE ESTA CASA PERTENECEN AL COMITÉ DE DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN. Al cruzar el umbral penetramos en un saloncito amueblado con una

mesa, dos sillones y media docena de sillas. En la pared hay una fotografía de Fidel y una bandera con la inscripción: Territorio Libre de Analfabetismo. A la izquierda el saloncito se manda con una habitación de matrimonio y el comedor. A la derecha, con un dormitorio con tres literas, la cocina, el cuarto de aseo y la ducha.

—¿Hase mucho que vive usté aquí? —pregunta Manuel.

—Dedde junio. Mi marío y mijo ma chico vinieron un me deppué.

—¿En qué sitio estaban?

—En el Mégano.

—¿Qué tal lo pasaban ayá?

—¡Alabao! — la mujer dibuja un garabato en el aire, como si se santiguara—. Vivíamo como loj animale, igualitico, igualitico. Toavía ora cuando miro etta casa creo quettoy soñando.

—¿Y su marío?

—Salió a peccar hase dose día. —La mujer apunta el índice hacia la bandera chincheteada en la pared—. Mi do sijo mayore tampoco ettán... Se fueron a alfabetisá a la Sierra.

—¿Y usté? ¿Sabe leer y escribir?

—El me pasao le mandé la carta a Fidel.

—¿Quién le enseñó?

—A mi marío y a mi noj alfabetisó nuettro hijo pequeño.

La mujer nos muestra un cuaderno escrito con una letra vacilante y rudimentaria. Mientras leemos, en sus ojos se transparenta la satisfacción. Apandillados en el portal los niños del vecindario nos observan con curiosidad sobria.

—Hala, arrancá daí —dice ella—. Noj ettai quitando laire.

Los chiquillos la obedecen a regañadientes y, aunque la mujer nos invita a sentarnos, nos despedimos y regresamos al taxi. Durante media hora recorremos el barrio de un extremo a otro. Un piquete de obreros

trabaja en la urbanización de las calles y, al pie de la escalera central, los niños juegan a empinar cometas. Manuel me enseña el edificio airoso del mercado, la Tienda del Pueblo, el moderno grupo escolar. Cuando terminamos el sol está encampanado en el cenit y el mar reverbera a lo lejos como si fuera de plomo.

—Fidel ha hecho en tres años lo que otros gobiernos no hasen ni en mil —dice mi amigo—. Y que conste que no lo digo por una rasón egoísta. A mí no me ha dao ninguna casa ni quiero que me la dé.

—Le ofrecieron una y no quiso asettarla — dice el brigadista.

—Otros la ameritaban más que yo. —Manuel saca una cartera del bolsillo y me muestra la fotografía de Martí—. A mí me basta con que nos haya dado la libertá. El verdadero revolusionario debe sacrificarse como se sacrificó él.

De retorno a Manzanillo nos detenemos a beber un trago en el bar del INIT. El camarero ha abierto los quitasoles de la terraza y el paisaje del puerto parece emborronado por el calor. Amarradas al pontón del club hay unas cuantas embarcaciones de recreo. El mar sigue en lecho y las gaviotas revolean sobre los parales. En el varadero un pescador repara la quilla de su bote y los niños corren por la orilla y chapalean en el fango.

En tanto que el del bar vacía el agua de los cocos y la mezcla con unos dedos de Carta Blanca, Manuel habla del terror policíaco durante Batista y me refiere algunas "hazañas" de los tigres de Masferrer. Los últimos meses de la dictadura, dice, los opositores aparecían muertos en los placeres o colgados de las farolas y los árboles. A otros los metían en sacos y les prendían fuego después de haberles rociado con gasolina.

—Aquí no había más remedio que amarrarse los pantalones y salir a fajarse. Uno tiene mucha correa pero, tanto le dan al buey manso, que tira la patá.

—Entonce mataban por la libre y loj americano no desían na — dice el chico.

los, se brinda inmediatamente a acompañarnos y nos explica con voz melosa el simbolismo litúrgico.

—Levié llegó a Cuba en mil novecientos catorce, pero su venida estaba anunciada por los textos sagrados desde la Antigüedad — dice.

La capilla se halla atestada de flores, altares, cuadros, hornacinas, ex-votos. En una vitrina veo las banderas cubana y francesa aspadas sobre un fondo blanco y algunos términos como Amor, Paz, Unión, Triunfo Espiritual, dispuestos en forma de jeroglífico. Según puedo juzgar por los retratos, el Mesías tenía facha de patrono de bar retirado de los negocios. Numerosos grabados —obra de los fieles— lo representan con una corbata listada, pantalón bien planchado y camisa impecable, caminando encima del mar como Jesucristo o volando serenamente hacia el sol.

Nuestro guía parece algo nervioso y, al tiempo que celebra las virtudes sobrehumanas de Levié, advierto que espía a Manuel con el rabillo del ojo.

—La pirámide de Queops profetiza la evolución de Cuba a partir de las Treinta Mil Leguas de Carlomagno, el día en que venció en el mar Caspio a los indios de Tamerlán. Dijo que un francés desembarcaría en la isla más bella del Occidente y, a su muerte, otro Fiel quitaría los bienes a los ricos y se los entregaría a los pobres.

Nuestra visita dura escasamente diez minutos y, como es tarde, nos despedimos del guía y volvemos a Manzanillo. Al acomodarme en el asiento delantero le recuerdo a Manuel el episodio que me prometió.

—¿No viste cómo el tipo me miraba? — dice mi amigo.

—Sí. ¿Por qué?

—Te contaré. —Sin dejar el volante, Manuel enciende un tabaco con calma—. La Hermana Angelina era muy conosía en la región porque desían que se comunicaba con los Santos. Tenía mucha plata y, de haber continuao el negosio, hubiera ganao aún más... Lo malo fue que le dió por meterse en política.

—¿Qué hizo?

—Eya y los curas españoles vivían de la siquitriya y, el año pasao, antes de la invasión, empesó a entrar en contatto con los santos del Efbiai y el espíritu de Kennedy...

—¿Conspiraba?

—¿Que si conspiraba? —Manuel ríe—. A tó tren. Iba y venía de Cuba a Puerto Rico y al fin la pescaron con un montón de pruebas.

—Andaba conchuchá con lo jefe de la contrarrevolusión — dice el brigadista.

—Aquel día yo estaba de servisio y vi su arsenal —concluye mi amigo—. Era una gusana tremenda.

IV

Tal y como habíamos convenido por la mañana, un muchacho de las ORI pasa a recogerme por el hotel y me lleva en automóvil por la carretera de Las Mercedes hasta la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos.

El valle de Yara parece un jardín y el fervor constructivo de la Revolución se manifiesta allí a ritmo acelerado. Los nuevos bloques de viviendas, las Cooperativas y Tiendas del Pueblo transforman rápidamente el paisaje. Los camiones circulan cargados de material y, a medida que nos acercamos a los contrafuertes de la Sierra, la impresión de un mundo que nace, producto de una sociedad más justa, se impone violentamente al viajero.

El 26 de julio de mil novecientos sesenta, un millón de personas celebraron el séptimo aniversario del Movimiento que dio la libertad a Cuba, en un descampado próximo al Central Estrada Palma. Dieciséis meses después, docenas y docenas de chalets obrados por el Ejército Rebelde se alinean a lo largo del camino. Las familias de los soldados que trabajan en la Ciudad Escolar viven en casas modernas y limpias, rodeadas de jardincillos que mujeres y niños cuidan con esmero. Los hombres de Acosta allanan el piso de la carretera insensibles al sol. De tanto en tanto, un guajiro conduce un arria de mulos rabiatados, sentado en una carreta de palmiche. El puente sobre el Yara está a medio fabricar y cruzamos la vaguada por un pontón, siguiendo un desecho fangoso. Al alcanzar el otro tramo

los chalets se suceden de nuevo y el muchacho y yo nos paramos a beber un refresco en la cafetería. Poco más lejos —al término de una cuesta algo pronunciada— llegamos a la Ciudad Escolar.

La Sierra Maestra se recorta claramente en el cielo azul y la perspectiva es de una gran belleza. A la derecha, las aulas y dormitorios de los niños salpican la colina de blanco. A la izquierda, el personal que opera en la Ciudad hormiguea frente al bar y el almacén de víveres. Tras estacionar el automóvil en el parque, el muchacho me escolta hasta el edificio de la administración. Allí, un capitán de las FAR nos desea la bienvenida y me presenta a uno de los instructores del Grupo Escolar Número Uno.

—El compañero le informará sobre la parte que podemos llamar educativa —dice—. Cuando terminen pasen otra vez por aquí.

Los dormitorios de los niños ocupan varias casas de dos plantas escaqueadas en medio del césped. La colina ha sido convertida en parque infantil, con farolillos, columpios y toboganes. El maestro me precede por una vereda enchinada que serpentea entre los arriates y macizos de flores. Algunos árboles no han terminado de acopar aún y llevan ya un cartelito indicando su nombre: caucho, bijagua, guanabana, ocuje, guasima.

—En este grupo viven quinientos niños, varones solamente. El Ejército construye ahora veinte unidades más. Dentro de tres años albergaremos a los veinte mil niños de la Sierra.

Nos acercamos a un aula y percibo el susurro de los chiquillos, igual que un abejeo. Al abrir la puerta, todos se ponen de pie. Una muchacha de veintitantos años se pasea entre los pupitres y sonríe a mi acompañante.

—Acá es la maestra —dice él—. El señor es español.

La muchacha tiende la mano con gracia y me sonríe también.

—Están en la clase de dibujo. —Los alumnos nos

observan en silencio y añade—: Pueden ustedes sentarse.

Los niños reproducen el rostro de Lenin calvo, con bigote y perilla. Algunos completan su obra con una nube o sol llameante que parece flotar sobre el cráneo del dirigente soviético como una aureola de santidad.

—Aquí les dejamos que expresen las cosas tal como las sienten —explica la maestra—. A los que no les gusta el dibujo les enseñamos a hacer figuras de barro o componer versos.

La muchacha me muestra los cuadernos escritos, impresos e ilustrados por los niños de la Ciudad Escolar: "Pico real", "Caña brava", "El hombrito", "Pozo azul". Abro uno, a la ventura, y leo

Yo quisiera
caminar el mundo
para saber
cuántos años tardo

Al concluir la clase los niños salen en tromba hacia el jardín. Los retratos de Lenin cubren los pupitres vacíos. La maestra nos lleva a un aula contigua y me enseña igualmente las esculturas y acuarelas de sus alumnos.

—Cuando llegaron ninguno sabía leer ni escribir —dice mi compañero—. Al principio tuvimos que enseñárselo todo: lavarse, peinarse, hasta comer. Algunos no habían visto nunca la luz eléctrica.

Aprovechando el alto, los chiquillos se agrupan en los dormitorios a jugar al ajedrez o ver la televisión. Otros corren por las veredas con sus camisetas blancas escritas CECC en la espalda. Los mayores cargan a horcajadas a los más chicos e improvisan un imaginario combate, medio torneo medieval, medio corrida de toros.

El maestro llama a un niño rubio, vestido simplemente con un pantaloncito azul.

Éste vino muy sonso y cortado, pero cuando vio que no nos lo íbamos a comer vivo perdió el miedo y

ahora está aquí como el Curro en la fiesta —dice—. ¿No es verdad Marino?

—Sí, señor.

—¿Qué quieres estudiar al salir de acá?

—El búlgaro.

—El ruso querrás decir.

—No, no, el búlgaro —insiste el niño. A su lado un negrito ríe enseñando los dientes. El maestro le pasa la mano por el pelo.

—Nelson es un tremendo punto, el bicho más malo de la Ciudad Escolar. La semana pasada se escapó a pescar al río.

—No sabía cabía clase —dice el niño—. Armando me privó.

—No, si la culpa la tuvo el totí... Como vuelvas a hacerlo te mando como un cohete a tu casa.

Poco a poco los niños se aproximan a nosotros. Antes de la Revolución nadie se preocupó jamás de darles educación ni sustento. Como en las zonas pobres del sur de España, corrían desnudos por el campo, con los vientres hinchados, las piernecillas flacas y los hermosos ojos tristes y consumidos, huyendo tal animalillos salvajes, de la presencia de cualquier intruso. Ahora se agrupan sin temor en torno al extranjero, con sus sonrisas blancas, sus rostros ávidos, sus manos locuaces y diminutas.

—¿Cómo te llamas?

El niño viste pantalón corto y, sin decidirse a contestarme todavía, mira en derredor de él y apoya los pulgares entre la pretina y el cinturón.

—Genovevo.

—¿De dónde eres?

—De Mina Sun.

—¿Cuántos años tienes?

—Onse.

—¿Sabes quién es míster Kennedy?

—Sí, señor.

—¿Qué piensas tú de él?

—Quej un deccarao y un sinvergüensa.

Genovevo ríe de sus propias palabras y, cuando le pregunto acerca de la guerra, el rostro se le enfosca y baja la vista.

—Mi hermano era rebelde... Lo mataron.

—¿Y tu padre?

—También era rebelde.

—¿Dónde está?

—En mi casa... Ora tiene vaca.

—¿Bebías leche antes de venir aquí?

—No, señor.

—¿Qué comías?

—Viandas.

—¿Pan?

—No, señor.

—¿Carne?

—No, carne no.

—Ahora, ¿comes?

—Sí, señor.

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí, señor.

—¿Qué quieres hacer cuando seas mayor?

—Ser méico.

El niño desvía la mirada, amedrentado.

—¿En La Habana? ¿O en la Sierra?

—Onde la Revolusión me mande.

Una vez por semana los niños van de trajino al campo y los equipos de trabajo se relevan todos los días. El responsable de la faena es un valenciano de cierta edad que no ha perdido el acento de su provincia pese a que lleva más de treinta años en América. Varios chiquillos descargan abono de un camión. Otros riegan los huertos sembrados de tomates, lechugas, berenjenas y coles. Uno con el pelo negro y aborregado arrastra la pierna al caminar. Como le miro, el maestro dice que le ametralló un avión en la Sierra durante los últimos meses de la tiranía.

—Aquel otro de allá es de la familia de los Argote —añade—. ¿Oyó hablar de ellos?

De vuelta a la Ciudad me refiere las fechorías de

Sosa Blanco por Bayamo, Oro de Guisa, Canto Cristo, Pino del Agua. En Levisa asesinó diecinueve hombres y en Mayarí incendió los bohíos de los campesinos. Luego, para dar un escarmiento ejemplar, exterminó a una familia entera: siete primos, un tío y dos hermanos del niño que plantaba simiente de col ahuecando la tierra con las manos.

—Los hizo poner en fila y los balaceó. Argelio se libró porque había ido a coger hierba al monte.

En la Administración han hablado con Manzanillo y me presentan al capitán Peña — un revolucionario de la primera hora, para quien la lucha no termina nunca. Antes de iniciar el recorrido, Peña me invita a tomar un café. Aprovechando un breve descanso, los soldados del Ejército Rebelde conversan en grupos junto a la barra y el color variopinto del local me recuerda el de las poblaciones de buscadores de oro de las películas del lejano Oeste. Hay mulatos de rostro tallado como en piedra, negros con sombrero de paja, machete al cinto y un tabaco en los labios, jóvenes de cabellera larguísima y vistosos medallones de cobre, campesinos de ojos vivaces y espesa barba rubia. Mientras el capitán atiende a las consultas de sus hombres, un guajiro que parece arrancado de las estampas mambisas que coleccionaba en mi niñez, afila su mocha y ríe cuando le fotografiamos.

—A ve si se le rompe la máquina —dice—. Lo de la Sierra somo muy feo.

El guajiro viste un pantalón de amplias perneras y una camisa verde del Ejército. Bajo el ala del sombrero de guano, sus ojos azules brillan con malicia.

—¿Cómo va por acá? — le dice Peña.

—Por acá siempre bien... Orita vengo de chapiá.

—¿Y la moral?

—Maj alta quel Turquino, capitán. Ya sabe uté que yo etoy con Fidel hata fuera.

Peña me abre paso entre los barbudos y subimos a su yipi. Durante media hora visitamos los talleres de carpintería y el dormitorio de los soldados. Después

me lleva a las Unidades en construcción por un camino terrero que corta a través de las lomas. Los voluntarios del Ejército Rebelde fabrican los cimientos de un nuevo Grupo Escolar. La mayoría trabajan a torso desnudo y se protegen del sol con gorros y sombreros de paja. Una zanja rectangular indica el emplazamiento futuro de la piscina. El sargento responsable viene a departir con nosotros y nos ofrece su cajetilla de cigarros.

—¿De chequeo?

—Sí —dice Peña—. De chequeo.

—Ora vamoj a meté caña al Grupo Segundo. Ej el maj atrasao.

—¿Cuándo debe funcionar? — digo.

—Daquí tre mese. Pero no se preocupe uté. Si no fajamoj a sé algo, siempre cumplimo.

—¿Cuántas horas trabajan?

La que poemo. —El Sargento se enjuga el sudor con el dorso de la mano—. El quetaquí no persigue ningún interé. Si se cansa pue irse cuando quiere.

—Son hombres hechos al sacrificio —tercia Peña—. Más de la mitad están casados y, hasta que no se les construye una casa, deben vivir meses y meses separados de la familia.

—Má penamo con Batitta y, entonse, por na —dice el sargento—. Eto e pa nuetro hijo y nuetro nieto.

El yipi sube y baja por las lomas. Corremos por terreno claro en dirección al monte. La vegetación es rala, como si el marabú hubiese asfixiado los arbustos achaparrados y endebles, las palmas desmedradas y amarillas. Los hombres de Acosta limpian el campo enmaniguado para convertirlo más tarde en zona de cultivo. Mientras tumban la maleza a golpe de machete, con un gancho sujetan las ramas espinosas y bejucos a fin de trabajar con mayor desahogo. Otros foguerean los residuos vegetales y el humo se extiende por la sabana espeso y blanco, como una cortina de bruma.

Cuando volvemos el sol empieza a descender y un aura tiñosa se pone en cruz sobre la rama de un algarrobo. A lo lejos se divisan los cerros bermejos, cubiertos de palmas reales. Un campesino barbudo se pierde por una trocha montado en un alazán. Los chapeadores desmaniguan un cayo de monte y, al pasar junto a ellos, Peña les saluda con la bocina.

Acosta nos aguarda en la Comandancia. Es un hombre moreno y robusto, de acogedora cordialidad. Mientras tomamos el café, me expone el plan de autoabastecimiento de la ciudad y el desarrollo previsto para los próximos años. El núcleo urbano poseerá industria, granjas agrícolas y porcinas, ganado propio. Antes de la Revolución la tierra era baldía y pertenecía a un solo dueño. Actualmente da trabajo a miles de hombres y, en corto plazo, habitarán en ella todos los niños de la Sierra.

—Que venga ahora el propietario y reclame: Esto es mío —dice—. Del susto que recibe, no puede contarlo.

Al terminar nos acompaña a recorrer las cochiqueras. Los soldados han ido a cordelear palmiche al monte y vuelcan las calderas de salcocho en las canoas. Los cerdos hozan a orillas de la aguada y un verraco cubre a su pareja en medio de la indiferencia general. Los puercos se ceban en chiqueros limpios y bien cuidados. Las parideras están en el cobertizo vecino. Cuando pasamos, una marrana se halla en trance de alumbrar y los recién nacidos buscan ya la querencia de sus ubres calientes e hinchadas.

Tras una asomada al matadero y cámaras frigoríficas, el comandante se despide de nosotros y Peña me conduce en yipi hacia Las Mercedes. El sol está a punto de quitarse y el cielo parece más azul que nunca. Los camiones transportan el personal desde los centros de trabajo y los hombres se apiñan en las cajas con sus sombreros rústicos, sus uniformes verde olivo, sus cintos y sus machetes. Un montuno con el perfil de un Cristo cabalga en una silla tejana hacia los potreros y rancherías. Al poco, alcanzamos los estribos de la Sierra Maestra y la belleza del lugar me sobrecoge. Las

colinas ondulan y se altean desde el llano hasta las escurrideras agrestes de la montaña. Sobre las lomas rojizas, las palmas reales se elevan como explosiones de fuego de artificio, solidificadas e inmóviles. El yipi repecha una cuesta muy pina y, en el abra, el sendero se desboca. Las Mercedes se acurruca en la vaguada con sus bohíos de guano, su reparto nuevo y el bar en donde se avistan los guajiros para discutir y beber ron. Liberado por el comandante Che Guevara meses antes de la caída del dictador, en sus alrededores se libró una de las batallas más importantes de la guerra. A la vuelta del camino una oxidada tanqueta del Ejército de Batista recuerda al forastero el heroísmo de quienes lucharon y murieron por la libertad de su patria.

Desgraciadamente oscurece y es preciso regresar a Manzanillo. El muchacho de las ORI nos aguarda en el parque de automóviles y me despido del capitán. Las sombras se espesan rápidamente sobre el valle. Las luces de la Ciudad Escolar dibujan una constelación de estrellas y, delante de nosotros, los faros barren el camino como dos conos de luz blanca.

Cuando llegamos, los primeros alfabetizadores de la Sierra recorren Manzanillo con sus uniformes y la ciudad vive un clima festivo, de excitación y alegría. En la plaza un altavoz anuncia a grito herido el programa de actos de la semana. Todo el mundo tararea el himno de las Brigadas Conrado Benítez. Bajo los portales circula un río de gente y en los cafés no cabe una aguja.

Durante largo rato voy de un bar a otro bebiendo saoco y poniendo discos de órgano oriental en las victrolas. Al cabo, tropiezo con los guajiros que conocí la víspera y les ofrezco una ronda de Carta Blanca. Ellos se empeñan en invitarme a su vez y me llevan a un local con techo de guano situado al borde del puerto. Junto a la barra dos hombres con un clave y un tres improvisan décimas de punto criollo. Los guajiros me presentan a varios compañeros y contesto a las preguntas de siempre. Les explico que soy barcelonés, que ando por la isla desde hace tres semanas, que el pueblo de España tiene los ojos puestos en Cuba y su Revolución. Los amigos me escuchan en silencio y, luego de pasar el platillo con los níqueles, el trovador arranca a cantar con voz ronca:

La República Española
ya sé que un día cayó,
pero la recuerdo yo
como un astro que aureola...

De pronto, un hombre se aproxima cojeando a la barra. Es alto y fornido, y el blanco del pantalón y la camisa resaltan el color atezado y mate de su rostro. Gasta sombrero de ala ancha tirado hacia atrás y, cuando topa con mi mirada, se detiene y me observa también.

—¿Se acuerda usted de mí?

Es Marcelino, el mayoral de la carretera de Bayamo.

—Cómo no. — Su mano es callosa, dura—. Uté ej el epañol quiba en el tasi.

—¿Quiere tomar usted alguna cosa?

—Grasia —dice—. Rolando, el chófer, ¿sigue por acá?

—No creo. Me parece que ayer mismo regresó a Santiago.

—Tenía un mandao pa él y con el embuyo de verle mi olvidé de desírselo.

Marcelino se acoda en la barra y, mientras el trovador recita, permanece callado y taciturno, ajeno y como hostil a la alegría que nos rodea. Le veo beber un vaso y otro y otro, y en su cara se pinta una expresión sombría, una tristeza profunda y desamparada.

—Perdone la curiosidá —dice de improviso—: ¿Ej uté méico?

—No.

—Bueno, en Europa, ¿conose uté alguno?

Le digo que sí, que conozco y, al tragar saliva,

la nuez le sube y baja repetidas veces como el pistón de un motor.

—Etoy muy mal, ¿sabe uté?... En la guerra me gujeriaron el cuerpo a balaso... Yo quiero trabajá con el ganao porquej lo mío, pero no pueo. Me canso mucho, ¿comprende? Etoy gujeriao aquí y en la pierna, y en el otro braso, por toa parte...

Marcelino se desabotona la camisa y me muestra dos cicatrices blancas bajo el vello abundante del pecho.

—Mian ofresío un sitio chévere e una ofisina pero yo no quiero. El ganao e lo mío, ¿comprende? Ante montiaba vente horas sin cansarme... Si me curara sería el hombre ma felí del mundo.

—¿Quién le cuida?

—Un dotor muy bueno quiay en Bayamo. Pero no mencuentro bien. Ademá, con mujere... Etoy gujeriao, ¿comprende?

Marcelino me mira de hito en hito y el dolor agazapado dentro se remansa lentamente en sus pupilas.

—Soy hombre como ante y, si vuelve a habé tiro, me fajo con quien sea... Pero, con mujere... Me balasiaron aquí y aquí por toa parte...

Marcelino parece absolutamente desesperado y, por un momento, creo que va a gritar. La maldición más cruel del mundo le separa de los otros y sus ojos brillan de modo intenso y semejan aguarse.

—He probao toa la cosa... Cuando pienso en mi mujé me dan gana de yorá, ¿comprende?

Le digo que sí, que comprendo y, como los demás compañeros me arrastran casi a la fuerza al bar Eureka, le pido que me espere unos minutos. Marcelino vacía su vaso y mira obsesionado un punto fijo, delante de él.

—Me canso en seguía, ¿comprende? En la guerra me gujeriaron por toa parte...

Cuando logro darles el quiebro y vuelvo al bar, ha desaparecido. Inútilmente lo busco por todos los establecimientos de la ciudad. Al fin regreso al hotel

y me acuesto sin desvestirme. Pienso que, a los tres años de su caída, la tiranía ofende aún el corazón del hombre y la sangre del hombre y la dignidad del hombre. Por primera vez desde mi llegada a la isla he perdido el sueño y, para descansar, me veo obligado a recurrir a los somníferos.

V

El día siguiente voy a pescar frente al Mégano y me levanto temprano. Cuando abro la ventana la niebla envuelve a Manzanillo. Por un instante creo que estoy en París o en alguna ciudad triste y húmeda del Norte. El paso de un negro que va silbando "La Internacional" me devuelve a la realidad y me tranquiliza. El muchacho de las ORI aguarda a la entrada del hotel con las manos hundidas en los bolsillos. Hace un fresco ligero que estimula y acaba de despertarme. Durante unos minutos avanzamos sin prisa por las calles vacías. Un pescador camina hacia el puerto con un cestillo de mimbre y un jamo. Los cafés no han abierto aún y los empleados del municipio riegan y escobazan las arcadas del parque.

Debemos embarcar en el bar del INIT y, una vez allí mi compañero me presenta a los restantes miembros de la expedición: el patrono de la lancha, sus dos hijos, un mulato corpulento de una cincuentena de años llamado Beto García, su hermano Agustín y dos soldados del servicio de vigilancia. En tanto que Agustín y los muchachos van y vienen con los avíos, Beto echa una última ojeada al motor. Las gaviotas revolotean y se ciernen inmóviles en el aire antes de caer sobre la presa en furiosa calada. Un alcatraz se eterniza en un hincón solitario. Los camaroneros siguen las manchas de pececillos. A cada envión, el tarrayador ahorra la red llena y, detrás de él, en la bancada de proa del bote, el remero cía en dirección a los pontones desiertos.

Cuando salimos el reloj marca las siete. El hijo mayor del patrono pone el motor en marcha y Beto marca el rumbo con el timón. Sentado en la tapa de la regala, Agustín ceba los anzuelos: es más delgado y joven que su hermano y tiene el rostro aindiado y los ademanes felinos. Los soldados escuchan la radio tumbados en las literas. El patrono ha soltado el curricán por la popa y sostiene el cordel, vigilando la mordida.

A medida que el sol calienta, las nubes escampan y se diluyen. Unas millas después el cielo es intensamente azul. Los cayos perturban la regularidad del horizonte como engañosos espejismos. El viento ha amainado por completo y el aguaje de la quilla abre un surco de espuma en la cara quieta del agua.

De improviso, Miguel —el patrono— tira del curricán y hala a bordo un serrucho de buen tamaño que Agustín remata con el mazo. Beto se incorpora para verlo y, como la embarcación da una guiñada, el hijo mayor de Miguel le sustituye en el timón. La cayería salpica el paisaje de islotes de mangle y aproamos hacia un caico balizado con perchas. Doscientos metros antes, Beto para el motor. Estamos en el veril del bajo y el mar transparenta las rocas del fondo. Hay corales, tortugas, erizos, estrellas. Los hijos del patrono se arrojan al mar con sus equipos de pesca submarina y, como el sol calienta, me zambullo también y permanezco aboyado en la lumbre del agua.

Media hora después trepo por la escala con todo el sabor del mar en los labios. Beto me sirve una taza de café y me tiendo a descansar con la cabeza apoyada en un rollo de cuerda. Los soldados se comunican por radio con la Comandancia de Marina de Manzanillo. Cuando Miguel forcejea con algún ejemplar de peso, Agustín lo atraviesa con la fisga. Al rato, los dos chicos vuelven con varias langostas y tortugas. Los peces muerden continuamente el anzuelo y, al abandonar el placer, colorados, roncos, chernas y rubias se apilan en el suelo de la lancha.

El resto de la mañana fondeamos en otros calade-

ros y, como pienso en los pescadores miserables de Almería y me admiro de la riqueza del golfo, Beto me explica que las presas son tan grandes que, a menudo, no caben a bordo y las deben llevar arrizadas hasta Manzanillo.

—A vese, cuando cuadra calma, peccamo ma de sesenta arroba — dice.

—¿Qué artes emplean?

—Acá cuabeamo, atarrayamo, salimo con el chinchorro, el palangre, la nasa, ¡qué sé yo!... En esto toavía hay mucha anarquía. El día en que loj atiyero funsionen la cosaj irán dotra manera. ¿Ha vito loj Omicrone?

—Sí.

—Eso ej algo serio, chico... Con barco nuevo sacamoj acá como pabastesé toa la il-la.

Tras una maniobra rápida —tomaba el sol con los ojos cerrados y no me he dado cuenta— un guardacosta de Santa Cruz del Sur se detiene junto a nosotros. Sus tripulantes son tres muchachos jóvenes que —por efecto del uniforme quizás— tienen un vago aire común de familia. El cabo ha lanzado un chicote a la lancha y Agustín amadrina las embarcaciones hasta dejarlas apareadas. En la cubierta del guardacostas un perro duerme en un jergón a la sombra del toldo. A su lado hay un rimero de libros y me acerco a echarle una ojeada: *Obras escogidas* de Martí, *Los fundamentos del socialismo en Cuba, Así se templó el acero,* un tratado de mecánica, varias libretas escolares manchadas de tinta.

—El ficha ette no para de leé —dice el cabo apuntando al soldado más grueso—. Lueo noj hincha uno globo que ni él mimmo loj entiende.

—Tú habla má cun cao —dice el soldado—. Mejó que te caye y asín no dirá tontería.

—No se fíen del Andoba que no legil-la bien. —El cabo guiña un ojo—. Dedde quettamo con él no tiene loco. Etta mañana quería eccribir una carta damor a la Yiquilín Quenedy, ¿no e verdá, Arturo?

—Sí — dice el otro soldado.

—El hombre tie comején en la sotea. Salfabetisó en ottubre y ya quié ettudiá pa commonauta.

Los soldados prosiguen con sus bromas durante un buen rato y el muchacho de las O R I ejercita su puntería sobre una bandada de flamencos. Agustín limpia los pescados antes de guardarlos en la nevera. El sol destiñe el azul del cielo y el agua permanece inalterablemente llana.

Los hijos de Miguel guisan y condimentan el arroz y, al cabo de una hora, nos sentamos en torno a un caldero de congrí y medregal frito.

—Acá se come por la libre —dice Beto después del reparto—. El que quiera repetí no tie má que servirse.

—Conocco uno que cuando se faja a tragá se arrempuja él solo una paila de ajiaco. —El cabo guiña el ojo de nuevo—. Con el aquél de quettá enfermo...

—No arrugue que no ay quien planche — dice el soldado grueso con la boca llena.

—El maldito ette e capá de dejarno a toj en ayuna. Vigílenlo por quéj de lo de Patria o Muerte.

—La tien cogía conmigo—explica el gordo—. Tol día ettán así.

—Tú come y no lej ecuche — aconseja Beto.

—Son eyo. Yo no me meto con nadie.

—Cáyate, cáyate —ríe el cabo—. Que te tengo a ti ma mieo en tierra cauna picúa en el mar.

Al terminar, el gordo se va a dormir su ahitera en el jergón y levamos ancla. La proa de la lancha corta el mar como la reja de un arado. La costa del golfo es cenagosa y baja, cubierta de mangle. El Mégano —como su nombre indica— se asienta en un banco de arena, casi a flor de agua, en la desembocadura del Cauto. Cuando nos aproximamos a la ribera, un pescador lanza la tarraya entre las varas que balizan el emplazamiento de los engodos. Antes de hundirse, el arte se abre como un pañuelo agitado para una despedida y, al halar de él, la red emerge poco a poco con los camarones enmallados.

Fondeamos a una cincuentena de metros del médano y los pescadores vienen a recogernos con piraguas y cayucos. Para avanzar, fincan la palanca en el fondo y toman impulso con los dos brazos. Otros nos esperan a la sombra de una cabaña encharcada y en ruina. El aspecto primitivo y salvaje del lugar es realmente insólito. Los bohíos son de cuje, guano y tronco de palma. Algunos tienen el varazón descobijado y parecen abandonados por sus habitantes. Las moscas bullen por millares sobre los boquerones machacados del engodo y, cuando los remeros orillan las piraguas en la arena, caen sobre nosotros igual que una nube.

Por sus ranchos pobres, el manglar tupido y el suelo cenagoso, el Mégano parece un poblado de África. Hasta el triunfo de la Revolución un centenar de pescadores vivía allí en condiciones miserables. Sin médico, sin luz, sin escuelas, los niños desmedraban, devorados por el jején y el mosquito. Para colmo de males, a cada crecida del río, el agua invadía las chozas y arrastraba consigo sus pobres enseres.

—Lo que me daba má desepero —dice Beto— era que mi dose hijo cresieran innorante, sin sabé leé ni escribí.

Ahora los pescadores disponen de viviendas modernas y confortables en la Ciudad Pesquera. La Revolución les ha restituido la dignidad de hombres y sus hijos frecuentan las clases. Las últimas familias que vivían en el Mégano se mudaron en otoño. A partir de entonces los hombres sólo van allí a pescar y, al cabo de la semana o la quincena, regresan a descansar a sus casas de Manzanillo.

—To lo pecaore somo milisiano —dice Beto—. El que no defiende eto no tiene madre.

Mientras me guía por el poblado, Agustín me habla de los brigadistas de Patria o Muerte que vinieron a alfabetizar a sus compañeros.

—Era un sitio muy duro pa eyo... Pero aguantaron.

—¿Se han ido?

—Antier noche lo depedimo con una fieta. Hubo dicurso, canto, baile y de tó.

—Lo queríamo como hermano —dice un viejo con una hermosa barba blanca—. Pa enseñarme a mi gattaron mucha pasiensia.

—Hasían la vía de tó nosotro. Al prinsipio no se podían acotumbrá a lo moquito, pero lueo ensendían un fueo al lao de lamaca y dormían como en la siudá.

—Al rubito le puso perdío el jején —dice el viejo—. Cuando se fue, tenía el cuerpo hecho una yaga.

Dos hombres tintan redes con algarroba de mangle y otro cobija el techo de su bohío con pencas de guano. En el interior de una choza diviso una paila llena de camarones secos. Más lejos, un muchacho remienda la tralla de su tarraya. Los pescadores apelmazan la masa del engodo en un machucador tras haber mezclado el boquerón con el fango. Las moscas forman una galaxia alrededor de nosotros, pero el sol baja ya y comienza a perder fuerza.

—Durante la tiranía lo caquito venían a quemarno lo bohío porque desían cayudábamo a lo rebelde. En aqueyo tiempo afrijolaban a un hombre por meno de ná.

—Entraban en tu casa y lo destrosaban tó —refiere Beto—. Ensima uno etaba felí de que no lo sonaran.

—A mí un teniente me soltó una gayeta y lueo me dio un jalón y me botó pol suelo — dice un muchacho.

—Eran uno demadrao... Mataban a la gayina po guto.

—Un día uno marinero sajumaron y le metieron veintiocho tiro a un puerco.

Agustín y Beto suben conmigo a la lancha y, hasta el anochecer, visitamos la desembocadura del Cauto y el poblado de Esteros. Durante kilómetros, el panorama se reduce a agua y árboles y —de trecho en trecho— a algún bohío deshabitado, como en ruina. A nuestro paso centenares de aves de color blanco dejan las palizadas y troncos arrastrados por la corriente y vuelan sin prisa a emboscarse en las playas fangosas, tras el

verde tupido de los manglares. Un flamenco rasa la superficie del agua batiendo pesadamente las alas. Al borde del río un rancho con un embarcadero de troncos agoniza asfixiado por la manigua.

En la primera revuelta nos cruzamos con una chalana de carboneros. Los hombres visten un simple calzón remangado sobre las rodillas y, al costearnos, saludan agitando sus palancas. Minutos después avistamos un llano entarquinado, orillado de espadañas y juncos. El sol reverbera cegadoramente sobre el fango. Cuando nos ven, las becacinas corren por el suelo y se ocultan en un cayo de monte que crece aislado en medio de la sabana.

Beto da media vuelta y retornamos al golfo de Guacanayabo. Los cortadores de mangle han detenido la chalana junto a un pontón y la corriente del río forma hiladas de diferente color que se diluyen en la cara quieta del mar sin fundirse del todo. Encima de nosotros los rabiahorcados trazan majestuosos círculos al acecho de alguna presa. Los carboneros arranchan en albinas y cayos y, a lo largo del trayecto, divisamos varias piraguas. Un bote de camaroneros cala los engodos para la pesca del día siguiente.

Esteros está edificado sobre la ciénaga y sus chozas se reflejan en el agua a contraluz igual que una calcomanía. Son bohíos lacustres —verdaderos palafitos— de vara en tierra, con horcones de jata y techo de guano, miserables y rústicos. Para ir de una casa a otra, sus habitantes han ingeniado una red de improvisados puentecillos sostenidos por pilotes. Cuando desembarcamos el aire crepuscular parece estancado y —por afán de novedad, creo yo— el jején se encarniza conmigo.

Los pescadores nos rodean, descalzos, con sus ropas de trabajo y sus sombreros de paja. Nos dicen que los alfabetizadores de Patria o Muerte han regresado por la mañana a Manzanillo y un viejo me enseña sus cuadernos escolares. En el hogar común, el cocinero avienta el fuego con un balay y vigila el arroz de la caldera.

—Ora to viven en la Siudá Pequera —dice Agustín—. Acá etaban aun pior que nosotro.

Oscurece y regresamos al Mégano. Beto debe discutir con sus compañeros los asuntos de la Cooperativa y, entre tanto, Agustín me conduce a un bohío de suelo terrero con una escusabaraja que cuelga del techo lo mismo que un columpio. Antes de la Revolución servía de cuna para sus hijos. Actualmente la emplea para poner la carnada a buen recaudo e impedir que la devoren los ratones.

—Cuando vivíamo en el Mégano noj acotábamo con la gayina — dice.

—¿Cuánto tiempo has parado aquí?

Dedde que nasí. En Mansaniyo no tenían olvidao. Paquito Rosale quiso ayudarno, pero lo cura y lo burguese no le dejaban hasé ná.

—¿No había cura en el Mégano?

—¿Acá? —Agustín ha encendido un quinqué de aceite y por sus ojos atraviesa un relámpago de ironía—: Ora ma de trentaño que vivo y no he vito uno ni por equivocasión.

—¿Dónde estaban?

—Con lo cocotuse y lo niño rico... Una ve uno sermoneó a lo pecaore y hubo un salpafuera que hata le tiraron de la falda de la sotana y tuvo que vení la polisía.

Miguel y sus hijos nos esperaban en la lancha. Beto ha tenido un repique con un pescador de rostro anguloso y, sentado en tertulia con varios amigos, me expone las dificultades y problemas con que se enfrentan.

—Un día voy a dar la tángana al guabinero éte —dice—. Si él pica un pan, yo pico otro pan.

—No liaga caso. Ya sabe que siempre ha sío sabrosón.

—En la Cooperativa no quiero vago. Acá etamo pa trabajá. Conocco ma de cuarenta que produsen ma quél y la Revolusión no lej ha regalao ninguna casa.

—Eso e verdá. Lo que no produsen etán quitando el pan a lo que quién entrá de fuera.

—Alguno compañero conservan aún la mentalidá de ante y tenemo que fajarno duro con eyo —explica Agustín—. Por ejemplo, mucho píen fiao sin necesidá... No comprenden que tó, la Coperativa, lo barco, la Siudá e nuetro. Que la Revolusión loíso pa nosotro.

—Al prinsipio hubo vario que preferían salí con una barquita chiquitica y pasá privasione con tal de peccá pa eyo —dice un chico.

—Como ora ganan en una semana pa viví el reto del me, uno cuanto se crén que la Revolusión lej ha dado casa pa etá de vacasione la mitá del año —dice Beto—. Pue bien, aquí nadie vive a cotiya de nadie. Loj imperialita tratan dahogarno y debemo produsí má. Si tol mundo hisiera como eyo no moriríamo en seguía de hambre.

—El capitalimo lej ha deformao el serebro —tercia otro—. Ni ora tan siquiera entienden lo quéj la pluvalía.

—Lo jovensito ya e dittinto... Eyo tien la cabesita ma frecca y asimilan mejó. A tó lo que pasamo de trentaño lo que deberían hasé ej afusilarno por viejo.

—Yo yamo viejo al que guarda complisidá con el pasao —ríe Beto—. Menda va pa cuarenta y nueve y no quiero que mafusilen.

Al concluir la comida, la conversa prosigue durante un buen rato y los pescadores hablan todavía de la Cooperativa, mientras los hijos de Miguel friegan los platos y los soldados se comunican por radio con la Marina de Manzanillo. Por fin, el cansancio es más fuerte que las palabras y Agustín y Beto van a acostarse a tierra con los demás pescadores. En la lancha quedan Miguel, su dos hijos, los soldados y el muchacho de las ORI. La luna se curva entre las nubes, fina como una hoz. Tumbado sobre la manta la observo largamente antes de dormir. Desde hace poco sopla un ventolín fresco y el balanceo del mar acuna como una nana.

VI

La víspera de la concentración, Manzanillo ofrece un aspecto extraordinario. Los brigadistas de Patria o Muerte y Conrado Benítez, los maestros voluntarios y alfabetizadores populares vienen de los ranchos de la ciénaga y las aldeas serranas con el cabello anormalmente largo, las botas blancas de polvo y la piel curtida por el sol. La mayoría de los hombres gastan barba y se desparraman en bandas alegres por la ciudad, con collares campesinos hechos de semillas y un cabo de tabaco entre los labios. Las muchachas no han perdido su coquetería y lucen camisas bien planchadas y limpias, con la banderita cubana y la fotografía de Fidel. En unos y otras el optimismo es contagioso. Por espacio de muchos meses han vivido alejados de su familia y amigos compartiendo la existencia ruda de guajiros, carboneros y pescadores, levantándose a la orden del sol y acostándose a la del crepúsculo, hostigados por el calor, el jején y el mosquito, para llevar la instrucción a centenares de miles de almas que el colonialismo español primero, y la burguesía y los monopolios americanos después, habían mantenido en el atraso y la ignorancia. Obligados a trabajar en maizales y cafetos, potreros y rancherías, durmiendo en hamacas y catres de viento, sin otra luz que la de los velones y candiles, estos hombres y mujeres no son los mismos que salieron a alfabetizar medio año antes de La Habana, Pinar del Río o Santiago. Si guajiros, carboneros y pescadores han cesado de vegetar, frustrados y ofendidos en su dignidad de hombres, también ellos

han adquirido una nobleza nueva en el trato con sus hermanos alienados y desposeídos. La Revolución ha obrado en pocos meses una transformación moral tan importante como la que llama la atención del viajero en el orden de las realizaciones económicas. Los hombres dormidos durante siglos han despertado de pronto a su posibilidad de hombres auténticos y, en la confrontación, los alfabetizadores han purgado, a su vez, gran número de prejuicios antiguos y egoísmos. Un sentimiento nuevo recorre la isla de parte a parte. En Manzanillo transflora y embellece el rostro de hombres y mujeres, viejos y niños. El corazón se calienta y pulsa de alegría al reconocerlo: se llama fraternidad.

Al atardecer, los brigadistas hormiguean por el parque con las mochilas cargadas a la espalda y los sombreros echados atrás. Algunos han entrado apenas en la adolescencia y el bozo no mancha aún sus mejillas infantiles. Deben haber cumplido escasamente quince años y hablan como si fueran adultos. A mi lado un mulatico se anuda en torno al cuello la bandera de "Territorio Libre de Analfabetismo". Es inquieto y gracioso y me sonríe mientras se acomoda en el cintillo de la acera.

—¿Cómo te llamas? —le digo.

—Braulio Peres Hernándes.

—¿Cuántos años tienes?

—Trese.

—¿De dónde eres?

—De Puerto Padre.

—¿Es la primera vez que vas a La Habana?

—No señó. El año pasao fui con mi eccuela al hotel Habana Libre.

—¿Te gustó?

—Arriba de tó hay un bar muy lindo... Mi hermanito y yo ettábamo siempre en loj asensore.

—¿Donde alfabetizabas ahora?

—En Niquero.

—¿A cuántos enseñaste?

—A uno. Bueno, al prinsipio alfabetisaba a do, pero el viejo se puso enfermo de lo sojo y no podía leé.

—¿Vivías con ellos?

—Sí, señó.

—¿Dónde?

—En el bojío. Macotejaron una cama en la cosina.

—¿En qué trabajan?

—Tien tre vaca y un güertico... Antoliano menseñó a ordeñá.

—¿Antoliano?

—El hombre de la casa... Su mujé se yama Nilda.

—¿Lo alfabetizaste bien?

—Sí, señó. —Braulio se expresa sin timidez ninguna—. La semana pasá eccribió la carta a Fidel y el maettro le regaló un libro.

—¿Hay brigadistas más jóvenes que tú?

—Sí, señó —dice—. Erammito aún e ma chico. Mi padre no le quería dejá y él dijo: Si no voy me cuelgo del caimito y me tenéi quenterrá con lagüela.

—¿Quién es Erasmito?

—Mi hermano.

—¿Está aquí?

—No. Él fue con mi hermana mayó pa Guantánamo.

Los compañeros de Braulio vienen a buscarle y me despido de él.

Desde la mañana los bares no despachan bebidas alcohólicas y, a falta de algo mejor, me voy a tomar un café bajo los pórticos de la plaza. Navarro Luna y Acosta hablan en Campechuela a las nueve y los Jóvenes Rebeldes se trasladan en camiones a oírles. En la piquera vecina Manuel se estaciona entre dos taxis. Al verme, me presenta a un hermano que vive en La Habana y está en Manzanillo de paso.

—Ayer me sapié el día —dice—. Se pinchó la rueda y no pude arreglarla hasta la noche.

Luego me pregunta qué diablos he hecho durante este tiempo. De modo sucinto, le refiero mis asomadas por el Mégano y la Ciudad Escolar.

—¿Qué te luse la Siudá? ¿Has visto algo así en tu vía?

Le digo que no y sonríe satisfecho.

—Ven —añade—. Voy a enseñarte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Al otro lao del parque hay un bar donde nos reunimos unos cuantos a hablar de política. ¿Lo conoces?

—Estuve la primera noche —digo—. ¿Es la peña de Hilario?

—Tú sabes donde el jején puso el huevo —ríe Manuel—. Hoy vienes conmigo y en pases.

Inopinadamente se encienden los faroles de la plaza. El hermano camina delante de nosotros con las manos en los bolsillos y, a cada trique, se vuelve a mirar a las mujeres.

—¡Vive esto! Ésa sí es canela fina...

—Mi Antonio se duerme a las muchachas como agua —dice Manuel.

—A la trigueña le clavé la piedra en seguía, ¿te acuerdas? Por la mañana estaba en la bodega de Ramón.

—Tú no despresias a ninguna.

—No estoy casao como tú —dice Antonio—. Yo no tengo gatico ni perrito.

—¿Y tu novia?

—¿No te dije que rompimos? En La Habana hay ca geva... Como la morenita dayalante. ¡Qué cosa más eriera, chico!

Cuando llegamos, un corrillo de asiduos discute bajo los pórticos. Hay una mujer de una cuarentena de años, un brigadista de Patria o Muerte, varios jóvenes de las milicias y un negro chato y pasudo —que sus amigos llaman Juan Ángel y habla con el acento de Pinar del Río—. Hilario, al parecer, ha ido a Campechuela a oír el discurso de Acosta.

Manuel sonríe a la mujer y, bajando la voz, me explica que es profesora de dibujo. Por la acera pasa una banda de muchachas y Antonio se eclipsa tras ellas.

—En la Sierra daba gusto verla —dice el de Patria o Muerte—. Alguna no tenían ni quinse año y lusía que fueran mujere...

—Mi vecina envió la hija a Bayamita y, cuando vino, no la conocía —dice la maestra—. ¡Uy, cómo ha vuelto mi niña, si me la han cambiado! Ahora come lo que le doy y me obedece... Todas las madres están azoradas.

—Conosco a una señora que no quería que fuese su niña porque creía que se la iban a desgrasiá, y hay que oírla ahora: Onde Fidel mande a mi niña, ayá va.

—La Radio Suán contaba que la mitá bajaban enferma y que laj habían matao de hambre —dice un miliciano.

—Etto cuando hablan parese quettén borracho o tengan la cabesa yena de cocaína —dice Juan Ángel—. Lotro día uno de Bayamo se quejaba de que noabía camarone y yo le dije: ¿Quié utté comel camarone? Pue vaya noventa miyal Norte, caíay mucho.

—Algunos gritan porque no comen carne todos los días y, antes, los pobres, ¿acaso la probábamos? —La maestra se expresa con vehemencia—: Yo les digo, si no hay carne, hay fríjoles, si no hay fríjoles, habrá arroz, si falta el arroz, habrá malanga... De hambre no moriremos.

—Sí, señol. —Juan Ángel viste una camiseta blanca abierta por delante, con una tira bordada como una casulla encima de los botones y juega con un medallón que lleva colgado del cuello—: Así sabla en Cuba.

—¿Que la carne rusa es mala? —prosigue la profesora—. Pues los rusos la comen y bien gordos están.

Todos ríen y Manuel aprovecha la pausa para presentarme a Juan Ángel y la mujer. Ella tiene el cabello oscuro y los ojos azules y, pese a su rostro flaco y surcado de arrugas, se adivina que ha sido hermosa. Por unos minutos —empiezo a habituarme ya— la conversación gira en torno de España y de los españoles que había en la isla.

—Pue yo prefiero mil vese loj eppañole que loj

americano —dice Juan Ángel—. Leppañol tepplotaba, y el yanqui tepplotaba y te deccriminaba.

Juan Ángel abre el medallón del pecho y me muestra una fotografía suya, tomada algunos años antes, en la que aparece con guantes de boxeo, entrenándose en un gimnasio deportivo.

—¡Utté no se pué imaginá lo que debíamoj hasé pa viví lo negro en Cuba... Yo he sío bosiadó, limpiabota, maletero, y he tenío que robá, pa que no me robaran a mí. Pue bien, compai. To etto no é ná al lao de lo que padesí con loj americano.

—En lo sentrale no pagaban má caeyo pa dividirno y dominarno mejó —dice uno de las milicias.

—Hatta la Revolusión la gente de coló no podía entrá en ningún clú.

—Ahora la descriminación no esiste ya. Pero quedan aún muchos prejuisios.

—Cuando un hombre y una mujel empatan é lo ma lindo quiay —dice Juan Ángel—. Y ven acá ¿pocqué no se ve ninguna blancan la caye del braso dun negro?

—Dentro de unos años tó cambiará —responde Manuel—. Lo viejo no se barre de la mañana a la noche.

—Mucho noj ammiten junto y no noj quien vé revuelto. —Juan Ángel habla para mí—: Al calvo no limpotta la navaja. Pero ya candamo enredao en la sinseridá se lo digo: Si fuera utté prieto como yo, sentiría utté como lo deccriminan.

—Los jóvenes piensan de otro modo —dice la maestra—. En mi calle, una brigadista y un muchacho de color se celebran desde hace meses.

—Alguna muchacha le gutta lasúcar pero no quién la caña quemá —continúa Juan Ángel—. Lotro día le dije a una mulatica: Mira, chica, to lo corasone son colorao y acán Cuba el negro se da silvestre... De mó que ya te vaj accotumbrando a miranno un poco o te vaj a quedá toa la vía pa tía.

—Onde yo alfabetisaba lo negro y la blanca salían a pasiar junto —dice el de Patria o Muerte.

—La lengua siemprej ettá peliá con lo diente y lo do viven en la boca —concluye Juan Ángel.

Durante unos instantes todos callan. Poco a poco el corro se ha ido agrandando en derredor de nosotros. Al fin, un miliciano despliega el periódico que lleva bajo el brazo y lee unas líneas del último discurso de Kennedy.

—¿Qué le parese? —dice al terminar—. El hombre habla siempre como si el mundo fuera suyo. A vese se pregunta si la cabesa le rige bien.

—Qué le va a regí bien! —dice un brigadista—. Quenedi ej un ñame.

—No me rebaje el ñame, compai —protesta Juan Ángel—. El ñame sattifase... Cuanduno tié hambre le sabe sabroso y lo alimenta... Lo quej ej un cacho de canne con do sojo.

—Loj imperialita ladran, pero ya no puén morder —dice un miliciano—. Dedde la última guerra han entrao en un período de decadensia hitórica y, el día en que no le sia posible epplotar a lo demá pueblo, loj obrero y lo negro se le sublevarán y será el fin del capitalimo.

—Ven acá, mira lo que pasa en Santo Domingo... Si una nasión despierta ninguna escuadra la pué parar.

—Sí, señol —dice Juan Ángel—. ¿Pocqué sino loj Etaoj Unío quej un paí tan grande no sia comío a Cuba quej tan chiquitico?... Pocque saben que tó lo pueblo ettán con nosotro y que, como pongan la mano acá, le da calambrina.

Los presentes aprueban con murmullos y la conversación se ramifica. Falta la presencia de algún Hilario para centrar la discusión con su vitalidad poderosa. A intervalos los oigo hablar de Argelia, Venezuela, Puerto Rico y hasta del Irán occidental ("Loj holandesej ettán temblando", dice uno). Al cabo se impone la voz de Juan Ángel.

—Si se maserca un cura le digo: Mira, chico, arreglemo etto debajo primero y lueo, si tú quié remontarme a lo alto, súbeme.

—Los que hablan en nombre de Dios tien la vía muy regalá —dice Manuel.

—La tierra é la que no da de comel. Vamo puej a defendel etta tierra... No me jale utté hasial sielo que dayí no ha bajao nadie.

—Hay que luchar por eto y dejarse de prediques —dice uno de milicias.

—A la que suena un tiro, tol mundo debe agarrar los jierro y fajarse con quien sea.

La maestra mira a su alrededor. Sus hermosos ojos azules centellean.

—¿Dónde hay embajadas para nosotros? —pregunta—. Para asilar a todos los pobres, a todos los cubanos, hubiera que hacer no una, ni dos, ni diez, como hay ahora, sino diez mil, y aún quedaríamos más de la mitad en la calle...

Su rostro se ha ido coloreando a medida que habla. La gente calla y la observa con respeto.

—Sí —dice de nuevo—. ¿Dónde hay embajadas para nosotros?

—En ningún sitio —murmura un miliciano.

—Si los siquitrillados y los esbirros vuelven algún día, ¿creen ustedes que nos van a perdonar?

—Hasta lo niño afusilarían... O eyo o nosotro.

—Si tenemos que desaparecer —prosigue la maestra—, bueno, pues desapareceremos. Si uno piensa, Uy, a lo mejor me matan, voy a agacharme, éste no vale para nada... Si en Playa Girón hubiésemos obrado así, a estas horas tendríamos acá a todos los criminales de antes.

—Aquí ettamo de visita na má —dice Juan Ángel—. ¿Pa que querenno tanto?

—El compañero tiene razón. —La mujer habla apasionadamente y el corazón me aletea al oírla—: Si todo esto va a caer, si va a empezar la vida de antes, yo prefiero morir y desaparecer primero. Aquella vida ya no la quiero ni para mí ni para mis hijos... Entonces, ¿por qué tanto miedo?

La maestra nos contempla con la frente alta. Hay

un silencio que dura varios segundos. De pronto, Manuel me agarra del brazo y me arrastra fuera del corro de quienes la escuchan.

—Cuando esta mujé habla me hace no sé qué ahí dentro —dice.

—¿Es casada?

—Lo era. —Mi amigo se expresa con voz ronca—: Los esbirros le asesinaron al marío. Vinieron una noche a arrancárselo de la cama y nunca más ha vuelto a saber dél.

Manuel parece abatido y maldice bajo para desahogarse. Rabiosamente, limpia el polvo de sus gafas.

—Luego los americanos disen que quién salvarnos del comunismo... ¡La madre que los parió a tó!

Nos acodamos en una barra a tomar café. El público empieza a desperdigarse por la ciudad y la perspectiva del parque clarea. Las faldas variopintas de las mujeres salpican la penumbra de manchas móviles. Antonio vagabundea con las manos en los bolsillos y, al vernos, se acerca a nosotros sin prisa.

—¿Qué tal la caza? —digo.

—En La Habana si uno entra de yeno a las mujeres en seguidita se te caen... Las de acá son más serias...

—¿Hablaste con alguna?

—Algo hisimos, sí señor —Antonio sonríe—: Quedé con una negrita pal baile.

—¿No habías invitado ya a Norma? —dice Manuel.

—Bueno. Ahora iré con las dos.

—Tú nunca sentarás cabesa.

—Lo que no quiero —responde Antonio— es sentar barriga.

Los bares están llenos de alfabetizadores y los camareros sirven sin cesar refrescos y jugos de fruta. En todo Manzanillo no se vende una gota de alcohol. Por fortuna me acuerdo de una botella de vino búlgaro que puse a refrescar en la nevera del Casablanca. Manuel y Antonio me acompañan a descorcharla a la habitación y pegamos la hebra durante un buen rato. El búlgaro es un clarete flojo —su asperillo evoca el del tinto de

la Alpujarra— y se deja beber fácilmente. Al tercer vaso me siento más comunicativo que antes, con ganas de distraerme y conversar. Sin preocuparnos de la hora, recorremos los cafés de la ciudad brindando y alternando con la gente. Algunos rostros comienzan a resultarme familiares y tengo la impresión de ser parroquiano antiguo. Por fin me despido de los hermanos y me encamino hacia el hotel.

Es más de medianoche y sopla un amago de brisa. A mis oídos llega el eco de un tambor y, cuando un conjuntico de negros irrumpe por la esquina con bongoes y flautas, creo que estoy soñando. Los hombres bailan al claror de la luna, ligeros y espectrales. El blanco de sus dientes risueños parece brillar con luz autónoma mientras la oscuridad desperfila el resto. Los cuatro gastan sombrerito zumbón, visten pantalones de franela listados y guayaberas de colores. Sus cuerpos ondulean al son agudo de la flauta y el bongó marca el ritmo, preciso y rápido a la vez, de sus movimientos.

Lo desía Patrisio Lumumba,
Ministro del Congo:
Yo no quiero yanqui
En mi territorio
Porque tiene diamante,
Safiro y petróleo.
Y lo del Congo va,
Lo desía el pobresito Lumumba
Y lo del Congo va.
Lo desía el pobresito Lumumba
Y lo del Congo va.
Que Mobutu no vale ná,
Cabayero.
Que Mobutu no vale ná...

Los negros se alejan contoneándose hacia el corazón de la noche. El albedo de la luna envuelve la escena en una bruma de irrealidad y, conforme sus siluetas se achican, las voces resuenan dulces y melancólicas:

Que Mobutu no vale ná,
Cabayero.
Que Mobutu no vale ná...

Antes que la oscuridad los trague del todo, me saludan con reverencias y graciosos ademanes. Luego doblan la esquina.

La calle queda desierta entonces y es como si de verdad lo hubiera soñado.

VII

Por espacio de dos días había callejeado sin rumbo por Manzanillo y empezaba a acordarme del nombre de los bares y de los discos de órgano oriental de las victrolas y de las infinitas combinaciones de refresco, jugos de fruta y hielo con ron Bicardí. Me agradaba sentarme en un banco del parque y contemplar la falda ceñida de las mujeres y su balanceo sensual mientras caminan protegiéndose de la resolana con marchitas y descoloridas sombrillas. Al atardecer, acodado en la barra de algún café, me entretenía observando los corros de comadres y los juegos misteriosos de los niños en tanto que, a mi lado, un guajiro de la Sierra o un negro vestido de rosa y blanco —como un helado de fresa y limón— hablaban de Kennedy y Fidel, de dialéctica y marxismo-leninismo. Imaginaba que conocía lo mejor de la provincia y no había visto aún Cabo Cruz.

Para llegar al cabo, la carretera bordea la costa del golfo de Guacanabayo y atraviesa Campechuela, Ceiba Hueca, San Ramón, Media Luna, Niquero. Es el mismo camino que tomé días antes en mi visita al Centro Juan Bautista Levié, y Agustín y Araluce —mis compañeros de ahora— ríen de la desventuras de la Hermana Angelina. En los jardines veo caimitos, mangos y fríjoles saltarines que trepan como enredaderas. De vez en cuando algún guajiro aguarda en cuclillas el paso del autobús. Mientras Agustín atiende el volante del Chevrolet, Araluce me muestra el diminuto aeropuerto de la ciudad y las modernas instalaciones de la Granja San Francisco.

Un piquete de trabajadores desorilla las cercas de madera del INRA y repone los postes fogoneados. Más lejos, el marabuzal medra en los bajíos vecinos al mar. El platanal evoca una procesión de penitentes aspados de Semana Santa: el viento mueve las hojas como brazos de molino y el viajero imagina el estupor del Caballero Don Quijote. Los setos de ágave se suceden con sus bohordos floridos y, al acercarnos a Campechuela, Araluce señala el central Francisco Castro y explica que, el año anterior, sus operarios triunfaron en la emulación nacional de la zafra.

—El Gobierno lej invitó a pasar una semana en Varadero, en casa de lo millonario, y había viejito cal enterarse daban salto y hata se revolcaban pol suelo —dice.

La carretera cruza Campechuela de lado a lado. En el parque, los alfabetizadores cantan sobre las cajas de los camiones que deben transportarlos a Manzanillo y diviso el carrito de un fritero con el aviso: *No le fío ni a mi madre*. Agustín se desvía para enseñarme el malecón y el bosque de cocoteros cercano a la playa. El lugar produce impresión de gran riqueza. Al alcanzar de nuevo el camino los cañaverales sustituyen a los plátanos y campos de henequén. Las inscripciones y adornos de palma descubren los puntos de concentración de los brigadistas. Por la guardarraya de una finca dos bueyes mancornados tiran de una rastra de madera. El boyero va encima de la rastra y los azuza con sus gritos. Antes de la Reforma Agraria, la mayor parte de la tierra pertenecía a Delio Núñez Mesa y a la tristemente célebre familia de los León.

—Fidel le cortó la melena y le siquitriyó —dice Araluce—. Eran lo casique de la región y lo único quisieron pal pueblo fue una cársel.

En Media Luna, agrega, Delio Núñez había ametrallado a los parados que manifestaban contra la tiranía y, cuando su yerno fue capturado en Playa Girón, dijo —como el sobrino de Pepín Rivero y los demás— que "había venido a defender el principio de la libre

empresa". En la actualidad el INRA construye cooperativas, repartos de viviendas, escuelas de capacitación, granjas avícolas. Tractores soviéticos y checoeslovacos roturan los campos para la próxima siembra de algodón y el paro endémico es sólo un recuerdo del pasado, como el analfabetismo, el miedo, el hambre y las persecuciones.

Niquero presenta el aspecto de una población cubana típica, con casas de madera con tejado en pendiente y soportales hechos de horcones de jiquí. Las mujeres caminan haciendo oscilar sus sombrillas por en medio del arroyo y los guajiros las miran desde las arcadas, con sus sombreros de paja y el inevitable tabaco entre los labios. En el balcón de una vivienda un letrero dice: VIVA EL MARXISMO. La ciudad ha sido proclamada Territorio Libre de Analfabetismo y en las encrucijadas hay banderitas y arcos triunfales.

Al entrar en Belic es más de las dos. Agustín estaciona el automóvil junto a la Tienda del Pueblo y la belleza de las muchachas que pasean a la sombra del pórtico me foguea la sangre. Las mulatas y trigueñas del país son célebres en toda la isla. La que sirve en la barra del restaurante tiene los ojos oscuros y la piel mate y —como tropieza más de una vez con mi mirada— sonríe maliciosamente.

—Aquiay ca carro quej un merenguito —suspira Agustín.

—Anda, ¿por qué no vaj a conquitarla? —bromea Araluce.

—Ésa saben lo que quieren... A la cañona no se consigue ná.

El camarero nos trae ensalada de lechuga, tostones y arroz con fríjoles. Araluce es hombre cordial y sencillo y, entre bocado y bocado, me habla de los pescadores del Mégano. Durante un tiempo fue responsable de su cooperativa y conoce íntimamente a Beto y Agustín. Con gran modestia, explica que en el período

de su gestión se cometieron varios errores y, por el bien de sus compañeros, prefirió dimitir y ceder el puesto a otro.

Nadie camina sin haber gatiao —dice—. Ora sigo un cursiyo de formasión de cuadro y la prósima ves loaré mejor.

A la salida de la población crece un espléndido bosque de cocoteros. Cuando pasamos, un muchacho sube por un tronco, apoyando la pierna izquierda y el pie derecho en los estribos de una cuerda que lleva sujeta a la cintura. La carretera es de piso terrero y, al avanzar, dejamos una tolvanera amarilla detrás de nosotros.

—Hase semana que no yueve —dice Agustín—. Ayer cayó un sernidito, pero paró en seguía.

El camino da asomadas al mar y, en Las Coloradas, nos apeamos a ver el "Granma". Araluce se adelanta a hablar con los soldados. Junto al arco conmemorativo hay una caseta militar y los centinelas leen sentados a la sombra. La lancha está varada en una explanada, en la costanera de la ciénaga. El dos de diciembre, ochenta y dos hombres —entre los que se contaban los hermanos Castro, Ché Guevara, Camilo Cienfuegos y Almeida —arribaron en ella a Cuba, después de una travesía difícil, cumpliendo cabalmente la sentencia de Fidel: "En el año mil novecientos cincuenta y seis seremos libres o seremos mártires". El cabo y los centinelas nos preceden por una escalerilla hasta cubierta y, mientras visito el interior de la lancha, mi mirada se detiene en un voto marinero que, con forma apenas distinta, he leído en numerosas embarcaciones de España: "Señor, recuerda que el barco es pequeño y el mar inmenso".

El soldado que desempeña funciones de guía —un mulato alto, de una cuarentena de años, que perdió un hijo en la "limpieza" del Escambray —nos conduce por una pasadera de tablones, a través del lodazal, a la orilla en donde los expedicionarios desembarcaron. El Ejército ha iniciado la construcción de zanjas para el avenamiento de la aguaza y, a momentos, el barro re-

seco se cuartea. El sol cae implacablemente sobre nosotros. El mulato marcha delante de mí con el fusil terciado a la espalda y su camisa se embebe de sudor. Uno no llega a comprender cómo —hostigados por el ejército y la aviación de Batista— los hombres de Fidel pudieron abrirse camino con el agua hasta la cintura y chapoteando por el fango. Al cabo de un kilómetro el mar sube de nivel y, a nuestro paso, los peces cienagueros se escurren entre cortaderas y raíces buscando la querencia de las charcas. Los mangles son cada vez mayores y sus ramas cuelgan como estalactitas, cerrando completamente el paisaje. La pasadera termina en un pontón, al borde mismo del agua. El mar está en lecho y no se ve mover una hoja. Clavada en el tronco de un árbol una inscripción reza simplemente: AQUI NACIO LA LIBERTAD DE CUBA.

Un centinela vigila el lugar día y noche. Quien está en este momento de facción escribe una carta tumbado bocabajo y, al concluir la página, relee la carilla mordiéndose la lengua. Cuando nos vamos, el mulato se echa a reír.

—Ora má de un mé quettá sí —dice—. Salió de permiso y volvió medio enamorao ese perverso.

La carretera corta en línea recta hacia Cabo Cruz. El Chevrolet baja y sube por los badenes. Hasta hace unos meses el camino se interrumpía después de Belic. La zona del cabo permanecía incomunicada con el resto de la isla y, para llegar a ella, había que trasladarse por mar. El Ejército ha trazado una senda transitable en medio del bosque de júcaros y almácigos. Araluce quiere mostrarme un rancho de carboneros y torcemos en dirección a Monte Gordo.

La vegetación es muy espesa y, en cuanto el automóvil se detiene, los mosquitos atacan con saña. Una columna de humo nos orienta entre la maleza. Caminamos por una trocha de mal huello y, al fin, desembocamos en un espacio despejado y liso.

Los carboneros limpian el plan con sus peines y amontonan las madres de leña en conos regulares. Son

hombres montaraces y rudos, adaptados a la inclemencia y rigores del campo. Durante toda su existencia han vegetado en el olvido en los rincones más miserables de Cuba y les cuesta trabajo comprender que la Revolución se ha hecho también para ellos. Por primera vez, los alfabetizadores les han arrancado de la nebulosa en que vivían.

Segundo González —maestro voluntario de Monte Gordo y autor de un cuadro de costumbres guajiras que tuve ocasión de ver en Güira de Melena semanas más tarde— me expuso un día en La Habana las dificultades con que tropezaron. Ahora ha vuelto allí y —sin arredrarse ante ellas—, Segundo, mi amigo, aprovecha los ratos que le dejan libre los niños, para darles, con abnegación ejemplar, los cursos de seguimiento.

Pocos kilómetros después de Monte Gordo, Cabo Cruz aparece de pronto —uno de los parajes más bellos de la isla, sin duda alguna—. La cayería forma un puerto natural navegable y el color del mar es increíblemente limpio. Los dos azules —el de detrás de los cayos y el de la parte de dentro— son de tonalidades distintas, como si el añil de un pintor se hubiese disuelto menos en uno que en otro. En los últimos tiempos de la colonia, los españoles obraron un faro que se utiliza aún. A la derecha —entre el poblado y el golfo— se extienden varias lagunas enmaniguadas. La costa sur es rocosa y una compañía de trabajadores se ocupa en la construcción de una carretera.

Agustín estaciona el automóvil frente a la Tienda del Pueblo y los pescadores nos rodean y saludan a Araluce. Lo Revolución les ha liberado en breve tiempo de su aislamiento secular. Los habitantes del Cabo tienen escuela, visita médica, almacén de víveres, cooperativa. En el embarcadero contiguo fondea un omicrón matriculado en Santiago. Su patrono es un negro hercúleo, con el pecho cubierto de vello aborregado y vedijoso. Dos hombres vacían cajas de pescado por la escotilla, y el cocinero —un asturiano canoso que fue de los primeros en liarse la manta a la cabeza para luchar

contra la dictadura— nos sirve una taza de café. Los pescadores se acomodan también en la tapa de la regala y, al cabo de unos minutos de palique, compadrean conmigo como si fuéramos amigos de siempre.

Todos hablan de un tal Ramón Reyes a quien —días atrás— un individuo desconocido pidió informes acerca de la distancia que había hasta Jamaica y el estado del cielo y la duración probable de un eventual viaje. El pescador contestó diligentemente a cada una de las preguntas y empuñando, de improviso, el revólver de miliciano agregó con suavidad: "Pero tú no vá, chico... Tú etá preso". Identificado, el hombre resultó ser un ex-policía de Batista, y Ramón Reyes volvió a sus nasas y redes cual si no hubiese ocurrido nada.

Como demuestro interés por conocerlo me acompañan a su casa y me lo presentan triunfalmente. Ramón es un mulato flaco y barbudo, que lleva camiseta y gorro de marino blancos, y ríe con la inocencia de un niño y parece feliz de nuestro encuentro. El bohío en donde vive es de paredes de cuje y, en su interior, columbro un serón lleno de cocos, dos camas con bastidores de alambre y varios racimos de plátanos pintones. La mujer barre la entrada con una escoba de palma. Los hijos corren por el campo vecino y el más pequeño —hermoso como un gitanillo rubio— suelta la concha de un cobo y se agarra llorando a las faldas de su madre.

—Uy, qué niño tan jeringón —suspira la mujer—. ¿Qué te pasa ora?

El chiquillo balbucea algo ininteligible y grita más fuerte que antes.

—Hala, arranca —dice la madre—. Vete amolar a otro lao.

—Antonio lia botao el juguetico — acusa el mayor.

—Éte ej un diablo —explica la mujer—. Ayé se fajó con otro y se deguasó toa la ropa.

—Loíso adré —insiste el chico—. Yo lo vi.

—No ej verdá — dice Antonio.

—Cáyense lo do —ordena Ramón—. Y tú, como le

vuelvaj a botá la cosa, te voyadá una entrá que te vaj a acordá de mí.

Como el pequeño sigue con cantaleta, Ramón lo coge en brazos y le cubre la cara de besos. Instantáneamente el niño cesa de llorar.

—Ete rubito ej un catigo que mía dao Dió —dice Ramón—. En cuanto malejo un paso dél, no vivo.

El niño se frota los ojos recostado sobre el pecho de su padre y, cuando Ramón lo deja en tierra, vuelve a jugar con la concha rosada del caracol. Minutos después nos encaminamos todos hacia el pueblo. Al parecer, los brigadistas regresan aquella noche a La Habana y han ido al bar a celebrar la despedida. El sendero bordea la torre del faro y varios bohíos rústicos. A un centenar de metros de allí existe un cementerio sin muros, abandonado desde los tiempos de la colonia. Maleza y hierbajos cunden entre las cruces caídas y, al inclinarme sobre una lápida manchada de cera, descifro la inscripción: "Adelina Figueredo. Diciembre, 1887".

El sol se cuela en filigrana por el manglar tupido. La uva caleta cubre la orilla de la playa y distingo una barca aconchada en el cieno. A trechos, el mar se abre paso bajo una bóveda de follaje y la luz espejea al fondo como si estuviéramos en una gruta. Los pescadores amarran sus botes y piraguas en los caletones. Las casas están esparcidas por el cocal y, al aproximarnos al centro del poblado, resuena una canción del trío Matamoros.

El bar es un cobertizo de techo de guano, con una barra minúscula, victrola como las que privan en La Habana y pista de cemento para bailar. No hay mesas ni sillas, y el público se sienta en unos bancos laterales o se encarama en la cerca de madera. Enfrente del local se alza una vivienda peraltada sobre horcones y la dueña va y viene de la casa al bar con bocadillos y refrescos.

Cuando llegamos, el baile no ha empezado todavía. Los alfabetizadores son dos brigadistas de Patria o Muerte, empleados de la fábrica de cigarros Aromas de La Habana, que han permanecido cinco meses separados de los suyos enseñando a leer y escribir a los pescadores de Cabo Cruz. El más robusto se llama Pepe López, y la barba rizada y negra le resbala sobre su camiseta roja y un tanto descolorida. Su compañero lleva gafas oscuras y gasta barba también. La mujer les ha servido una botella de vino de fruta bomba y me dicen que aquél es el primer trago que toman desde que salieron de sus casas.

—Me he olvidado hasta del gusto del bacardí —añade López.

—Eto tié arreglo en seguía —dice Ramón—. Vengan a darsun palo con nosotro.

López y su amigo aceptan la convidada y los conocidos de Araluce se incorporan asimismo al grupo: el mulato Manuel Díaz y tres pescadores de cierta edad que vienen de calar las nasas de la langosta. Ramón agujerea los cocos y trocea el hielo. La dueña va de un lado a otro, siempre atareada. Manuel Díaz la llama con un silbido.

—Tú —dice—. ¿Tan virao el moño?

—¿A mí?

—Parese que yeve a la espalda un chino muerto.

—Avemaría, qué hombre. —La dueña sonríe al hablarme—. Ya comiensa a tirá chinita... La tie cogía conmigo y no me deja.

—Anda —dice Ramón—. Ábreno una boteya de Carta Blanca.

Manuel mezcla el agua de coco con el ron y el hielo machucado y distribuye los vasos a la redonda. Al poco aparecen dos jovencitas trigueñas de la brigada Conrado Benítez. Las dos dicen ser de Güira de Melena y López y su amigo las invitan a bailar. La victrola desgrana las notas cadenciosas del órgano de Manzanillo. Contagiados por el ejemplo, milicianos, pescadores y guajiros se emparejan con las muchachas de Cabo Cruz.

El sol se ha ido tendiendo tras los uveros y una luz amarilla —como polvorienta— aureola la silueta de los bailadores. Al atardecer el aire se estanca y alguien enciende un fuego para ahuyentar a los mosquitos.

—En Cabo Cruz ninguna se quea a comé pavo —dice Ramón señalando a las muchachas—. Y tú, ¿no quies bailá?

Le digo que prefiero ver a los otros, y un viejito me pasa el brazo por el hombro y ríe enseñando las encías.

—Acá y yo no fajamo a bebé hata cogé una reverenda — anuncia.

—No liaga caso —dice Ramón—. El maldito ete toma ron como agua.

—Yo no tengo pariente ni ariente —dice el viejo—. Soy baracutey.

—El mé pasao agarró una que se tanguiaba y lueo desía quetaba enfermo...

—En lugá de tomá lo que debierasé é cuidarte.

—¿Cuidarme? —dice el viejo—. Pa loj año noay ninguna medisina.

Oscurece y se alumbran los primeros quinqués. Los guajiros bailan al son del órgano sin quitarse el sombrero, solemnes y casi religiosos. El viento ha alejado los mosquitos y, en un bohío próximo, una mujer hamaquea a su hijo hasta que duerme y, después, se sienta a mirar junto a la puerta, con las manos cruzadas sobre el halda.

Al terminar la ronda de saoco, la dueña nos sirve otra. De seguida Araluce me arrastra del brazo a la casa de unos amigos. Allí, un viejo descuelga un racimo de plátanos del techo y se empeña en regalármelo. En la choza vecina, otro hombre quiere ofrecerme un platillo de camarones.

—Aséttalo, chico —dice—. Queto é Cuba.

Como insisten y porfían no me queda otro remedio que obedecer. De vuelta al baile, Ramón y los demás

pescadores gastan bromas a Manuel, que a los treinta y cinco años es todavía soltero y tiene una novia en La Habana que no ha visto desde hace meses.

—Tú chequéala... Amejor empata con otro.

—El domingo pasao él fual sine con una viuda que tién Mansaniyo.

—Como sentere tu novia te pega lo tarro.

—Que sentere... Mientraj eyatá pasiando por ayá, pensé, veremo lo que sase por acá.

—Y ¿quisite?

—Ná —asegura Manuel—. Vé la película.

Luego Pepe López y los brigadistas se acercan a nuestro grupo y, mientras bebemos el tercer saoco, Manuel me refiere la aperreada vida de él y sus compañeros bajo la tiranía batistiana.

—Etábamoj eclavisao, trabajando pa cuatroj eplotadore... A mí me latía la consiensia de ve niñita de dose año que lusían como viejita dochenta.

—Fidel ha sío un Dió pa lo pobre —dice un guajiro.

—¿Dió? —exclama Manuel—. A Dió no le debo ná. Durante trentaño no mia dao ni un cachito de pan así de grande... Dió somo nosotro. Si tú no trabaja siéntate en tu casa a vé si Dió te trai pa comé.

—Nosotro somo muy peluse pa sé Dió —dice el guajiro.

Hay un coro de risas y López y sus amigos intervienen en la conversación.

—Acá —dice Ramón— al que no é revolusionario se le chequea y si no saclara pronto se quea comé basurita y amarrá cañita hata que se muera daco.

—Lo nuetro é chiquitico pero é puro —dice Manuel—. Loisimo a pulmón y no no lo quita nadie.

—¿Y los americanos? —pregunto.

Conozco ya la respuesta del noventa por cien de la isla, pero quiero oírla aún.

—Lo cubano somo guapo pa fajarno. Como no boten la Repúblical agua y maten a tó lo niñito, acá no vuelven a entrá.

Cuando me doy cuenta es hora de recogerse y Manuel y sus amigos hablan todavía de un pasado de miedo e injusticias y un presente de realidades y esperanza. El órgano oriental vibra en la noche de modo melancólico y las estrellas lucen en el cielo.

Al rayar el día siguiente, mientras iniciaba el regreso a La Habana, comprendí que la región de Manzanillo —y Cuba toda— había calado hondo dentro de mí. Pensaba en Juan Ángel y Manuel, en los compañeros de Ramón y los pescadores del Mégano, en la maestra que no temía a la muerte y en el mayoral ofendido en su condición de hombre. En la Revolución que había puesto en marcha a uno de los pueblos más nobles del mundo, y supe que en adelante, vivir alejado de él no sería para mí una separación, sino un destierro.

VIII

La semana siguiente asistí a la fase final de la campaña de alfabetizadores. Millares de jóvenes venidos de todos los rincones de la isla llegaban a La Habana en trenes y camiones, mezclados con los maestros voluntarios y los brigadistas de Patria o Muerte. Las calles estaban adornadas con infinidad de banderitas y el pueblo vivía en un clima enfebrecido de espectación y de fiesta.

Recuerdo que fui con Carlos Franqui a la terminal de ferrocarriles a presenciar la recepción de una de las expediciones. Las muchachas de Conrado Benítez se amontonaban en los vagones descobijados de un tren cañero después de un viaje agotador desde Santiago. Durante más de un día habían permanecido al sol y a la intemperie, sin dormir y casi en ayunas y, al apearse de las jaulas para desfilar por la ciudad, aguardaban pacientemente la señal de partir, con las pesadas mochilas sobre la espalda. Algunas habían cumplido apenas catorce años y sus labios no formulaban ninguna queja.

Por aquellas fechas aproximadamente visité las Escuelas de Instructores de Arte del barrio de Miramar y los cursillos de alfabetización de los trabajadores del puerto. En los palacios abandonados por la burguesía, millares de jóvenes estudiaban teatro, música y danza. El pueblo irrumpía en el recinto sagrado de las ensoñaciones y nostalgias de la clase en que nací y, en los profundos y marchitos salones, las fotografías de Fidel y Raúl sustituían a los viejos retratos de familia. Los

estibadores de Jesús María y Guanabacoa habían aprendido a leer entre tanto y sus hijos frecuentaban las mismas instituciones en que —durante mi infancia— me enseñaron a agradecer a Dios el privilegio de pertenecer al bando de los elegidos.

A medida que se avecinaba el día de la concentración, el ritmo de vida colectiva se aceleraba. Los niños alfabetizadores del llano y de la Sierra habían invadido bruscamente el hotel Habana Libre y, al igual que Braulio, subían en los ascensores para atalayar desde el altísimo descubridero del bar la hermosa ciudad que les pertenecía. En el Parque Central la multitud se apiñaba a oír los discursos improvisados de los oradores. Mis amigos ñáñigos de Regla se habían alfabetizado también y el Iyamba de Otán Efó me enseñó el interior de la capilla decorado con la fotografía de Camilo Cienfuegos y numerosas banderas soviéticas y cubanas.

El veintidós de diciembre, cien mil brigadistas Conrado Benítez, quince mil de Patria o Muerte, ciento treinta mil alfabetizadores populares y maestros voluntarios desfilaban en hileras cerradas con sus compases, faroles y lápices gigantes. El asesinato del niño Manuel Ascunce no había frenado el avance de la campaña sino todo lo contrario. La isla entera se proclamaba Territorio Libre de Analfabetismo y el pueblo bailaba y manifestaba su regocijo en la calle.

El tercer aniversario del triunfo de la Revolución —diez días después—, este mismo pueblo rompía el cordón del servicio de orden frente a la tribuna y, como una incontenible marejada, se precipitaba sobre los tanques destinados a asegurar su defensa y los cubría de besos. Las armas que tres años atrás los sojuzgaban aún habían pasado a ser sus propias armas. Por primera vez el cubano era protagonista de su historia y esta historia marchaba, al fin, al ritmo de mi impaciencia.

El tiempo restante que permanecí en Cuba trataba de recapitular y digerir cuanto había visto. A mis solas evocaba el Centro de Rehabilitación de los campesinos

alzados del Escambray y mi visita a la Escuela de Instrucción Revolucionaria Osvaldo Sánchez, las muchachas milicianas que en la noche de Navidad velaban los almacenes y tiendas, y las discusiones de los bares de Regla y Jesús María. Me acordaba —no se me despinta de la memoria —de la maestra de Manzanillo y de la voz y expresión con que me dijo: "Si todo esto va a caer, si va a empezar la vida de antes, yo prefiero morir y desaparecer primero. Aquella vida no la quiero ni para mí ni para mis hijos... Entonces, ¿por qué tanto miedo?" Sus palabras me las había apropiado poco a poco y, ahora, cuando escribo "si esto va a caer" —hablo de una hipótesis y sé que no es posible— el pulso me tiembla.

El fracaso de nuestra Revolución significó un retroceso de cinco lustros no sólo para España sino para los pueblos hermanos de América Latina. El aniquilamiento de Cuba alejaría nuestras esperanzas durante otro tanto tiempo. Me basta imaginar el destino doloroso de millones y millones de mis compatriotas, privados unos de patria y otros de libertad —y todos de la posibilidad de vivir dignamente— para llegar a la conclusión de que —si el proceso ha de recomenzar, si los sacrificios han sido inútiles— esta existencia no merece la pena. Al defender su Revolución, los cubanos nos defienden a nosotros. Si deben morir, muramos también con ellos.

París, mayo 1962.

LENGUAJE, REALIDAD IDEAL Y REALIDAD EFECTIVA

PACHECO: *¿Con qué autoridad?*
VALDES: *¿Qué más autoridad queréis que el uso de la pronunciación?*

JUAN DE VALDES: "Diálogo de la Lengua".

El azar ha reunido en mis manos los ensayos de dos intelectuales cubanos jóvenes: el primero, obra de Néstor Almendros, fue publicado en el *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua* en 1958; el segundo: "Nicolás Guillén y la literatura nacional" tiene como autor a Walterio Carbonell, y por razones que no vienen al caso, permanece aún inédito en su país. Almendros, de origen español, reside actualmente en París. Carbonell, escritor negro nacido en Jiguaní, vive y trabaja en La Habana. Separados por sus opciones, por su sangre, por su formación cultural, los dos autores escriben sobre un tema recurrente para nosotros con propósitos y enfoques distintos; sus ensayos, no obstante, coinciden en más de un aspecto y resultan sumamente fecundos de incitaciones y sugerencias. La evolución, las perspectivas de la lengua castellana en Cuba, he ahí una materia ante la que ningún intelectual español puede manifestar indiferencia o descuido. Se trata de saber si el vínculo que une España a los países hispanoparlantes

y a estos últimos entre sí es precario y está condenado, como opinó en su día Cuervo, a un plazo irrevocable, fijo; o si, por el contrario, aquél va a mantenerse tal cual, conforme a las leyes y normas dictadas por la Real Academia Española, guardiana celosa del Buen Decir. El problema es espinoso y antes de enzarzarnos en él conviene que nos detengamos en algunas consideraciones generales acerca del estadio actual de desenvolvimiento de la ciencia lingüística [1].

Surgida a principios del pasado siglo con el propósito ingenuo de descubrir el lenguaje primitivo de la humanidad —propósito fundado tal vez en la leyenda bíblica de la construcción de la torre de Babel— la lingüística sufrió desde sus comienzos el influjo de las ciencias naturales, entonces en el apogeo de su prestigio. Para Schleicher y los investigadores del siglo XIX la lengua no puede eludir el destino que le imponen las leyes de la naturaleza: el idioma es un organismo que como todo ser viviente, nace, se desarrolla, envejece, muere; la fatalidad preside su existencia, nadie puede atajar su ciclo vital. Dicha concepción —sostenida por Rufino José Cuervo en los últimos años de su vida— fue combatida con éxito por los "neogramáticos": Schuchardt, Bréal, Meillet, etc. Según éstos la lengua es un hecho social, producto colectivo de los grupos humanos. Los neogramáticos buscan la explicación de las evoluciones sucesivas de un idioma estudiándolas como reflejo de las transformaciones correspondientes de la

1. Aunque simple "aficionado" de la lingüística ofrezco al lector interesado (más profano que yo en la materia) mis modestas fuentes de información: Ferdinand de Saussure: **Curso de lingüística general**, Buenos Aires, 1944, traducción y prólogo de Amado Alonso; Claude Lèvi-Strauss: **Anthropologie structurale**, París, 1958; André Martinet: **Elements de linguistique générale**, París, 1960; Roman Jakobson: **Essais de linguistique générale**, París, 1963; Emilio Alarcos Llorach: **Gramática estructural**, Madrid, 1955; Roland Barthes: **Eléments de sémiologie**, París, 1964; Maurice Leroy: **Les grands courants de la linguistique moderne**, París, 1963; **Problèmes du langage**, ensayos de Benveniste, Chomsky, Roman Jakobson, André Martinet, Kurylowicz, Fonagy, E. Bach, Saumjan, Adam Schaff, Maurice Leroy, Alf Sommerfelt, Govind Chandra Pande, París, 1966; E. Benveniste: **Problèmes de linguistique générale**, París 1966.

sociedad que lo habla. Antoine Meillet, uno de los representantes más destacados de la escuela, escribía en 1906: "El lenguaje es ...un hecho social. En efecto, entra exactamente en la definición propuesta por Durkheim: una lengua existe independientemente de los individuos que la hablan y aunque no tenga ninguna realidad fuera de la suma de estos individuos, es, sin embargo, por su generalidad, exterior a cada uno de ellos". La división de una sociedad en clases, profesiones, grupos, estamentos, determina las correlativas diferencias de léxico, fonética, sintaxis, estilo, etc. Para Meillet los cambios semánticos tienen un origen social y su esfera se sitúa más allá de las fronteras del sistema lingüístico.

En la segunda década del presente siglo se produce un nuevo cambio de rumbo que Maurice Leroy —cuya exposición seguimos aquí a vuelapluma— atribuye, con razón, a la publicación póstuma de las tesis de Ferdinand de Saussure. El padre de la semiología establece una distinción, en adelante clásica entre lengua *(langue)* y habla *(parole)*. La primera es, a la vez, institución social (contrato colectivo) y sistema de valores (norma abstracta de validez supraindividual). La segunda, realidad física que varía de un sujeto a otro, acto individual de selección dentro de la comunidad (en su doble aspecto de "combinaciones gracias a las cuales el sujeto parlante puede utilizar el código de la lengua con el fin de expresar su pensamiento personal" F. S. y de "mecanismos síquicos que le permiten exteriorizar estas combinaciones" F. S.). "El estudio del lenguaje, añade Saussure, implica, pues, dos partes: una, esencial, que tiene por objeto la lengua... otra, secundaria, que tiene por objeto la parte individual del lenguaje, esto es, el habla". Como vamos a ver si, por un lado, la célebre dicotomía de Saussure subraya la importancia del factor social a expensas del margen de creación del individuo, por otro abre el camino de una lingüística de tipo individualista que apoyándose

en aquélla, tiende a revalorizar el papel del individuo en el proceso de evolución del lenguaje [2].

La reacción contra la teoría social, iniciada en el terreno filosófico por Benedetto Croce, parte de la premisa que el pensamiento no puede existir independientemente de la expresión. El lenguaje no es un instrumento forjado por el hombre para comunicar con sus semejantes: nace espontáneamente con la representación que expresa, es de naturaleza intuitiva. Como dice Maurice Leroy, la doctrina de Croce sustrae de la jurisdicción de la gramática comparativa y normativa el estudio de los hechos lingüísticos y lo transfiere al dominio de la estética. Amigo y discípulo de Croce, el romanista alemán Karl Vossler ve en el origen de todo acto de lenguaje una intuición individual. "El lenguaje, escribe Amado Alonso resumiendo la doctrina del último, es una encrucijada o, como prefiere imaginar Vossler, una estructura polar y móvil de "espíritu" y de "cultura", de originalidad individual y de categorización histórico-comunal, de "creación" y de "evolución". El vuelo del libre espíritu individual requiere por necesidad las determinaciones histórico-sociales como la paloma necesita el aire" [3]. Vossler y la escuela "idealista" se sitúan, pues, en los antípodas del naturalismo positivista y de las teorías sociales de Meillet pero el carácter unilateral de sus tesis sucita la réplica de una nueva escuela cuyo propósito, según su promotor Matteo Bartoli, radica en examinar, en su doble aspecto individual y social, la dinámica interior del lenguaje.

Los "neolingüistas" estudian con atención el papel de los escritores y poetas en la estructuración de las diferentes lenguas nacionales indoeuropeas sin olvidar

2. Para la crítica posterior de las ideas de Saussure por Hjelmslev, Martinet, Jakobson, consúltese la obra citada de Barthes y Roman Jakobson: "À la recherche de l'essence du langage" (**Problèmes du langage**, p. 22-38). Véase, asimismo, el prólogo de Amado Alonso a la edición española del **Curso de lingüística general** del fundador de la escuela de Ginebra.
3. Amado Alonso: **Estudios lingüísticos. Temas españoles.** Gredos, Madrid, 1961, p. 280.

el carácter contractual e institucional de éstas. Eliminando así las tesis más radicales de los sociólogos e "idealistas" tienden a una síntesis de la explicación sociológica del lenguaje y de la teoría del influjo razonado y consciente del factor individual. Precursor de la actitud ecléctica, Joseph Vendryès escribía: "Es cierto que todo cambio lingüístico resulta únicamente del uso que cada individuo hace de la lengua. Pero, ¿qué introduce en la lengua el cambio creado en el habla, sino una causa social? Se puede admitir que un nuevo uso comience siempre por una serie de actos individuales, a condición de añadir que estos actos individuales no crean un nuevo uso sino en la medida en que responden a una tendencia colectiva... No hay que hablar, pues, de innovaciones individuales generalizadas, sino más bien de innovaciones generales que se manifiestan en individuos aislados" [4].

Las actuales disciplinas lingüísticas han desenvuelto y profundizado las tesis de Saussure (concepción sincrodiacrónica del lenguaje; "intercourse" y "espíritu de campanario", etc.) y, dada la amplitud de los hallazgos, resulta imposible resumirlos aunque sea de modo sucinto. Nos limitaremos a señalar ahora, toda vez que para el público de lengua española es todavía inédita, la aguda interpretación del fenómeno lingüístico obra del filósofo marxista polaco Adam Schaff. Para Schaff el lenguaje es "un producto *social*, en relación genética y funcional con el *conjunto de actividades prácticas del hombre en sociedad*". "Los hombres —escribe Schaff— hablan según lo que les dicta su modo de vida y actividad práctica... Es posible demostrar —agrega— la acción de la actividad práctica sobre el conjunto de las funciones lingüísticas en su evolución, su sintaxis y su morfología" [5]. Schaff examina las teorías del lenguaje considerado por unos como creador de la realidad y por otros como copia de la misma y demuestra conclu-

4. Citado por M. Leroy: "Individualisme et linguistique" (**Problèmes du langage**, p. 187).
5. Schaff observa, por ejemplo, que los esquimales nunca hablan de la nieve en general, sino que distinguen por sus nombres

yentemente la interacción de los factores sociales e individuales en la dialéctica funcional de los cambios. Cada sujeto, al expresarse, hace un acto individual de selección pero, como dice Marx, el individuo es la suma total de las relaciones sociales. "Así una cosa es sostener que el lenguaje "crea" arbitrariamente la imagen de la realidad según la selección que opero *yo* en el lenguaje; y otra muy diferente afirmar que el lenguaje "crea" la realidad imponiendo sus modelos y sus estereotipos formales a lo largo de la evolución filogenética de la humanidad (esto es, la experiencia de las generaciones pasadas, J.G.) a la percepción del mundo tal como se manifiesta a lo largo de la evolución ontogénica (es decir, experiencia personal, J.G.) del individuo". Copia de la realidad objetiva y juntamente creación subjetiva de la imagen de la realidad el lenguaje presenta, para Schaff, dos aspectos complementarios cuya reunión forma un todo indivisible.

Los progresos alcanzados en los últimos años por la lingüística nos permiten analizar con algún rigor el problema de la evolución y supervivencia del idioma castellano en América. Desde la resonante polémica que opusiera el filólogo colombiano R. J. Cuervo al novelista español Valera sobre el tema: ¿Cabe en lo posible que corra el castellano la suerte del latín?, hasta los documentados estudios de Menéndez Pidal, Américo Castro, Amado Alonso, Navarro Tomás y otros el asunto ha sido objeto de múltiples debates cuya exposición nos distraería demasiado del propósito en que nos ocupamos y que no podemos exponer aquí. Recordaremos tan sólo al lector que las tesis naturalistas de Cuervo sobre "la evolución fatal del lenguaje, incoercible en todos los tiempos y en todos los climas", indefendibles desde el punto de vista científico, han sido abandonadas

hasta treinta variedades de ella. Según Amado Alonso los gauchos argentinos no emplean la palabra caballo e individualizan a éste, según su color, nada menos que en doscientas y pico nomenclaturas distintas. El mismo fenómeno de particularización se manifiesta, como señala Lévi-Strauss, en los pueblos cazadores o exclusivamente consagrados a las artes de pesca.

progresivamente por la casi totalidad de los lingüistas hispanoamericanos. La situación del castellano en América no puede compararse bajo ningún concepto a la del latín de la Alta Edad Media, cuando éste cesó de ser comprendido por el pueblo y hubo que elevar a la condición de lenguas escritas las diferentes hablas romances. La presunta divergencia fatal de los lados del ángulo que obsesionara a Cuervo no corresponde a la evolución real del castellano a uno y otro lado del Atlántico. Como escribe justamente Menéndez Pidal: "La separación que media entre el español culto común representante de la unidad, y el español popular de las varias regiones, representante de la diversidad, no puede simbolizarse en la creciente divergencia, cuya diferencia llegue a ser tanta que el español literario quede ininteligible para el pueblo, sino que debe figurarse por dos líneas ondulantes que caminan a la par en la misma dirección y cuyos altibajos tienden frecuentemente a la convergencia y se tocan muchas veces, sin llegar nunca a confundirse" [6].

A la luz de los recientes descubrimientos de las disciplinas lingüísticas podemos advertir en el proceso de las evoluciones sucesivas de un lenguaje la presencia de dos factores complementarios y opuestos cuya acción retarda o favorece —según su correlación de fuerzas— la estabilidad o fluidez de aquél. Como dice Govind Chandra Pande en su penetrante ensayo sobre la vida y muerte de los idiomas "si el lenguaje está sujeto a un cambio constante, provocado por fuerzas tanto de orden interno como externo, está sometido igualmente a fuerzas análogas que tienden a estabilizarlo". En algunos períodos predominan netamente las primeras y son períodos evolutivos; en otros prevalecen las segundas y son períodos conservadores. Por un lado, las emigraciones, conquistas, transtornos sociales, modificaciones de la estructura económica, mezclas raciales, adopción

6. R. M. P., "La unidad del idioma, discurso inaugural de la Asamblea del Libro Español celebrada en Madrid el 31 de mayo de 1944". Dicho ensayo figura entre los reunidos en el volumen **Castilla, la tradición, el idioma**, Espasa-Calpe, Madrid, 1955, p. 185.

de una lengua nueva por parte de una comunidad adulta, etc. provocan una inestabilidad lingüística y favorecen una serie de cambios de intensidad variable según se trate del léxico, de la fonética o de la sintaxis. Por otro, la extensión de la cultura, el desarrollo de las comunicaciones; la acción niveladora de la enseñanza, la prensa, la radio, el cine, la televisión; la voluntad "correctiva" de los pedagogos y escritores; y, en particular, lo que pudiera llamarse "vocación universal de la lengua" (el "intercourse" saussureano), todo ello milita poderosamente en favor de la uniformidad y fijación del idioma. La influencia complementaria y opuesta de los factores evolutivos y conservadores no se produce de igual modo en el ámbito de la fonética que en el de la sintaxis o en el de la lexicografía. Sin ahondar en la materia podemos apuntar desde ahora que la estructura morfológica de una lengua no corresponde (como opinaron los neogramáticos) a la estructura de la sociedad que la habla. Los cambios revolucionarios que se operan en ésta tropiezan en aquélla con una fuerte resistencia orgánica, estabilizadora. En cualquier caso conviene subrayar la extraordinaria lentitud y duración de las mutaciones fonéticas, que sobrepasan a veces el límite de los trescientos años señalado por Saussure como ejemplo notable de inercia lingüística. "Así, escribe Menéndez Pidal, la historia de la pérdida de la *f* pasó por muy diversos estados. En los períodos primitivos, la repugnancia por la *f* tiene sólo campo entre la gente más dominada de inculto iberismo, refractaria a la docta romanidad; hasta el siglo XIII, la *h* en vez de la *f* (o la supresión de ésta) se halla rechazada enérgicamente de la literatura; la represión purista apenas deja aparecer *h* en alguna cacografía que otra, y así el fenómeno permanece en estado latente muchos siglos. En los siglos XIV y XV, la eliminación de la *f*, bastante extendida ya por la lengua familiar de ambas Castillas, alcanza otro estado diverso: llega a ser tolerada en la literatura de ambas regiones, como expresión más desafectada y llana... En el siglo XVI se hace la *h* de

uso exclusivo en la literatura castellana" [7]. En la transformación de la *c* y la *z* en *s* (seseo) y de la *ll* en *y* (yeísmo), general hoy en el habla de casi todos los americanos hispanoparlantes y en la resistencia purista de los escritores en aceptarla (como ocurrió siglos atrás en Castilla a la pérdida de la *f*) nos detendremos más adelante.

Llegamos aquí al punto central de la materia que nos ocupa y en torno al que giran los dos ensayos cubanos de Néstor Almendros y Walterio Carbonell: ¿cuál debe ser la actitud de los escritores y lingüistas frente al proceso evolutivo del idioma?; ante las fuerzas complementarias y opuestas que operan en el interior de éste, ¿qué posición tomar? La cuestión es compleja y, antes de zanjarla, conviene que la examinemos con todos sus pormenores.

En el estudio de la lengua de un grupo humano, escribe Almendros, nos pueden guiar dos propósitos: "uno... observar y descubrir los vicios idiomáticos, para poder mejor corregirlos con normas y criterios pedagógicos adecuados... otro ...guiado de meros designios científicos, de observación y clasificación de [los] fenómenos objeto de [este] estudio". Dicha dualidad expresa de modo cabal la doble naturaleza del lenguaje según lo examinamos en tanto que realidad ideal o en tanto que realidad efectiva. En el primer caso se parte de la hipótesis de la existencia de una forma clásica o forma correcta de la sintaxis, pronunciación y lexicografía de un idioma dado y se atribuye a los escritores y lingüistas la defensa de su pureza en nombre de los ideales de la tradición literaria y de la vocación universal del mismo. En el segundo, se pone el acento en aquellos factores internos y externos que favorecen la evolución del lenguaje examinándolos desde un punto de vista literario y científico, admitiendo su acción en el orden pedagógico y dándoles carta de ciudadanía. Para unos, hay que someter el lenguaje ha-

7. R. M. P.: "Las leyes fonéticas, su esencia histórica" (**Mis páginas preferidas**, Gredos, Madrid, 1957, p. 89).

blado a la voluntad correctiva, a la codificación académica del lenguaje-tipo. Para otros el problema finca, por el contrario, en elevar el lenguaje hablado a una dignidad literaria y científica. La divergencia entre lenguaje ideal y lenguaje efectivo se manifiesta con distinto grado de intensidad según la analicemos en el campo de la sintaxis, del léxico o de la fonética. Por otra parte los criterios de idealidad y efectividad se interfieren y su influencia varía conforme a las tendencias históricas y culturales del momento y al enfoque científico de los núcleos o personalidades responsables del sistema de educación de la comunidad lingüística. Así, mientras los escritores y poetas suelen acoger en sus obras las innovaciones más o menos generalizadas, avalándolas con el prestigio de su autoridad personal, los pedagogos y organismos docentes, fuertemente marcados por los criterios de idealidad del lenguaje-tipo, sostienen, por lo común, una posición purista y conservadora. En el tira y afloja entre unos y otros predominan a veces los factores evolutivos, a veces los estabilizadores. El papel novador de los escritores, señalado entre otros por Benedetto Croce y tras él, por la escuela neolingüista, llega a ejercer, en ocasiones, una influencia determinante. Los neolingüistas han comentado prolijamente el ejemplo de la *Divina Comedia* de Dante gracias a la cual el dialecto toscano sirvió de modelo no sólo a la lengua literaria italiana sino también a la lengua administrativa de los diversos estados peninsulares, facilitando así el proceso futuro de su unidad política. El mismo papel histórico en el proceso de unificación nacional se atribuye a Lutero y a su traducción alemana de la Biblia. En España, en donde la unidad política se produjo con gran anterioridad a la "oficialización" del idioma castellano entre los escritores catalanes, valencianos, gallegos y mallorquines, algunos creadores desempeñan, no obstante, por obra conjugada de su talento y de las circunstancias históricas, un destacadísimo papel en la evolución del lenguaje. "Muchas cosas exteriores a Garcilaso colaboraron

en hacerlo lo que representa en la literatura española, escribe Dámaso Alonso. Porque, ¿qué duda cabe de que él, prodigiosamente levantó como de un tranco, de repente, la lengua castellana, de un arrastre, de una postración medieval, a una extraordinaria precisión, fijación, rigor, fluidez?... el castellano de Garcilaso es ya el nuestro. Pero, al mismo tiempo, ¿qué duda cabe de que eso fue posible sólo porque el castellano estaba como el agua a 99 grados, en esa separación del no hervir, con relación al hervir, pero que le faltaba solamente un punto, un pequeño impulso para el gran hervor del Siglo de Oro?..." [8]. Conocido igualmente es el caso de Góngora y la enorme influencia de su inventiva poética en el campo de la lexicografía.

Pero volvamos de nuevo a la América hispanoparlante y a su literatura: al producirse la independencia de las colonias, pese a las frecuentes tentativas de aproximación al lenguaje hablado, a la consideración cada vez más extensa de la lengua en tanto que realidad efectiva, observamos a lo largo del siglo XIX un predominio notable de los criterios de idealidad (voluntad correctiva fundada en la vocación de universalidad y el imperativo social de comunicación), no ya solamente en los organismos estatales responsables de la educación y de la cultura y entre los principales filólogos y gramáticos (bástenos citar para el caso los nombres insignes de Bello y de Baralt), sino, asimismo (y lo cual es mucho más sorprendente) entre los creadores de mayor talla, tanto en el terreno de la prosa, como en el de la poesía. La aproximación al léxico y fonética reales es panacea de escritores y poetas de segundo orden y, ayuna de fundamentación teórica (científica y literaria), no sobrepasa nunca o casi nunca al nivel del poemilla folklórico, del cuadro costumbrista, del sainete popular. "En América, señala Walterio Carbonell en el artículo antes citado, toda la poesía del diecinueve es supranacional, es decir, sentida y pensada a la europea. Los

8. Dámaso Alonso: **Cuatro poetas españoles**, Gredos, Madrid, 1962, p. 40-41.

poetas célebres, Darío, Chocano, José Asunción Silva, Heredia, Martí, etc., beben en la poesía francesa, en la española, en Poe, en Whitman; las combinaciones métricas, la temática, el ritmo no corresponden al estadio cultural de los pueblos americanos, sino al de las fuentes en donde estos poetas beben. A las masas indias y negras predominantes en el continente les es extraño a sus lenguas, a sus músicas, a sus religiones, a su manera de sentir y pensar" [9]. Nos hallamos, pues (y en eso Cuervo no anda errado), ante un ejemplo típico de divergencias de las fuerzas que condicionan la evolución dialéctica de un idioma: la literatura no responde a la corriente lingüística real; la corriente lingüística real no alcanza a crear una literatura.

Con el siglo XX, y en proporción variable según el grado de fluidez lingüística de los distintos países hispanoparlantes, el lenguaje estimado como realidad efectiva es ya objeto de estudio de parte de los escritores. Respondiendo a la dualidad inherente a la moderna concepción del idioma —como ideal y como hecho, para examinarlo o para dirigirlo— podemos decir que la literatura hispanoamericana de los últimos cincuenta años se bifurca en dos grandes corrientes: una pro-europea e "idealista": otra indigenista y popular. Jorge Luis Borges y Miguel Angel Asturias son, quizá, los exponentes actuales más conocidos de cada una de estas tendencias. En Cuba, como en las demás zonas del Caribe en donde la población indígena fuera exterminada por los conquistadores españoles, la segunda corriente, la indigenista, no existe, siendo substituida en cierto

9. Los reproches de Carbonell a la poesía de los "padres de la patria" nos trae a la memoria cierto pasaje de **La Celestina**, citado por Menéndez Pidal en **El lenguaje del siglo XVI**. "Dexa, señor, esos rodeos, dice Sempronio a Calixto, dexa esa poesía, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden".
Las observaciones de Carbonell son pertinentes aunque, a nuestro modo de ver, incurran en el error, tan frecuente entre los marxistas, de reducir la cultura a la categoría de mero producto de la estructura económicosocial. Sobre esta tesis determinista (elaborada no por Marx, sino por sus discípulos) me explicaré en otra ocasión (véase **Tierras del Sur**, p. 254-257).

modo, como veremos luego, por la tradición poética, religiosa y musical de los esclavos negros importados de África desde el siglo XVI hasta la abolición oficial de la trata [10].

La primera tendencia dominó naturalmente en la Isla durante los tiempos de la colonia y los primeros años de la independencia y, aunque combatida científica y literariamente a partir de la primera generación republicana, mantiene hoy todavía fuertes posiciones en los organismos revolucionarios responsables de la cultura y educación. Entre los escritores actuales la frontera divisoria es extraordinariamente sinuosa y en muchos casos se sitúa en el interior de la obra de un mismo autor. Como observa Carbonell en su estudio de la poesía de Nicolás Guillén la interacción de los factores complementarios y opuestos y la correlación de sus respectivas fuerzas fluctúan conforme a las circunstancias históricas y culturales, provocando una oscilación entre el lenguaje efectivo (el ritmo popular negro de *Motivos de Son)* y el lenguaje ideal (el octosílabo y endecasílabo castellanos empleados por el poeta después de *West Indies Ltd.)*.

Hasta la aparición de la corriente cultural "negrista" de los años veinte, el lenguaje considerado en tanto que forma tipo, forma correcta, constituye un ideal estético que los filólogos y gramáticos de la Isla se esfuerzan en cultivar amorosamente, en mantener en toda su virginal pureza. Así, Esteban Pichardo insiste en la necesidad de que los maestros corrijan los errores, "tratando de hacer pronunciar castizo a los alumnos".

10. "En general, el negro perdió rápidamente elementos de su cultura porque el régimen servil, además de mezclarlos entre sí, les impuso gobierno, autoridades, leyes y frenos que no dejaban posibilidad alguna a la perduración de sus propias creaciones. En cambio conservaron en algunos casos con suma fidelidad rasgos esenciales como la religión y la magia, la música, las narraciones folklóricas y la lengua que pudieron supervivir a través de la esclavitud": Julio Le Riverend, **Afroamérica**. El ensayo que citamos figura en el excelente número consagrado a la presencia de Africa en el Nuevo Mundo publicado por la revista **Casa de las Américas** (mayo-agosto de 1966) con la participación de destacados intelectuales europeos y americanos como Roger Bastide, Alfred Metraux, Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, Elías Entralgo, Manuel Galich, etc.

Arturo Montori eleva la voz de alarma, "ante el peligro que se formen dialectos a partir del español hablado en cada región de América". La teoría, entonces en boga, de la evolución orgánica, fatal, de las lenguas y la frecuente y abusiva referencia al ejemplo de la corrupción del latín después de la invasión de los bárbaros incitaban aún a cerrar filas, a extremar la severa vigilancia lingüística. Las obras costumbristas y populares, basadas en muchos casos, como recuerda Almendros, en simples variantes fónicas, no podían aspirar, en estas condiciones, a un mínimo de dignidad literaria. Importados de Europa, el romanticismo, el parnasianismo, el simbolismo, el modernismo, tuvieron, por el contrario, sus cultivadores y epígonos, poetas gárrulos como el afrancesado José María de Heredia (primo del poeta "francés" de este nombre) o puristas del idioma castellano como Rafael María Merchán. Escribe Walterio Carbonell: "Hacia el final de la primera mitad del siglo XIX los poetas se encontraron con dos corrientes culturales dentro del país, la negra y la blanca, y decidieron pasar por encima de la cultura negra como si no existiera... En la poesía de estos hombres (Plácido, Zenea, Martí, etc.) apenas hay una alusión a las condiciones sociales del negro... Son poetas nacionales para los blancos, pero no para los negros, en una época en que los últimos eran más numerosos que los primeros." Y apuntando claramente a la orientación del Consejo Nacional de Cultura y a sus tesis (traspuestas un tanto mecánicamente del cuerpo doctrinal de Lenin, preciso es reconocerlo) acerca de la "recuperación" del pasado cultural burgués (José de la Luz Caballero no es, ciertamente, León Tolstoi) ironiza: "Sin embargo los nacionalistas de hoy pretenden que esta poesía emocione también a los negros".

Como dijimos, la literatura social indigenista fundada en los criterios lingüísticos de efectividad, ofrece en Cuba una modalidad peculiar de todos los países antillanos: la desaparición de aquellas poblaciones indígenas que, según testimonio del P. Las Casas, tenían

"una habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa" a raíz de su descubrimiento y conquista por los españoles. En Cuba el esclavo africano remplaza al indio en el engranaje colonizador de la monarquía española y socialmente desempeña su mismo papel en el proceso de explotación [11] pero, desde el punto de vista cultural, su situación es muy distinta de la del indio paraguayo, boliviano o guatemalteco. En estos países —y en México, Ecuador o Perú— el indio conserva un idioma, unas costumbres, un arte y una música propios, totalmente ajenos a los de los conquistadores españoles. El conflicto entre ambos no es sólo de clases, sino de culturas. Y la cultura mexicana, ecuatoriana o peruana, es el fruto de la lucha entre las dos clases, las dos civilizaciones: la indígena oprimida y la española opresora. En la Cuba del siglo XIX, en cambio, la cultura del esclavista y la del esclavo son igualmente importadas. Mientras las *élites* intelectuales blancas transportan a la Isla las últimas (o antepenúltimas) corrientes filosóficas, literarias y artísticas de la metrópoli (dependiente ésta, a su vez, del influjo cultural de París) la población negra intenta reconstituir y adaptar la música, los ritos y las costumbres de África al ámbito colonial. Como dice Carbonell en su ensayo polémico "Cómo surgió la cultura nacional": "Arrancamos con culturas prestadas, de España y de África, que originalmente no elaboramos... y cabe preguntarse si nuestro pueblo ha creado una cultura auténtica ...¿Somos radicalmente diferentes de África o de España? No, en nuestra cultura hay más de español y de africano que de auténtico nuestro... África ha facilitado el triunfo de la transformación social del país. Esto no quiere decir que España haya desaparecido: España se ha africanizado" [12]. Si Carbonell peca a menudo en sus

11. La conciencia de este relevo histórico se halla profundamente anclada en la conciencia de la población de origen africano. Durante mi estancia en la Isla recuerdo haber oído a menudo en las discusiones y tertulias públicas del Parque Central habanero la frase: "Lo negro como loj heredero de lo siboneye".
12. **Cómo surgió la cultura nacional.** La Habana, 1961.

análisis de mecanicismo y determinismo no cabe la menor duda de que su interpretación de la cultura cubana como resultado de la lucha entre lo español y lo africano —y no entre lo español y lo criollo, como muchos pretendían y pretenden aún— es históricamente justa. Como en otros países de Suramérica los defensores de los intereses coloniales han intentado torpemente "blanquear" la cultura cubana, anexionando abusivamente como cubano lo que es, en realidad, eco o retintín de lo español y rechazando como "salvaje" lo demás[13]. Para crear una literatura verdaderamente cubana era neecsario fundir los dos elementos y con tal propósito los espíritus más alertas de la primera generación republicana comenzaron a estudiar las diversas manifestaciones del arte, la música, las costumbres de la población de origen africano. Dicha labor, emprendida paciente y sabiamente por Fernández Ortiz —y tras él por una serie de poetas, ensayistas, musicólogos y pintores de talla como Guillén, Carpentier, Argeliers León, Lydia Cabrera, Wifredo Lam— ha permitido en los últimos cuarenta años la elaboración de una música, de una pintura realmente cubanas. En el campo de la creación literaria la resistencia estructural del lenguaje a las modificaciones demasiado rápidas y la acción conscientes de los defensores de la lengua en tanto que realidad ideal (lenguaje correcto, lenguaje tipo) han frenado considerablemente el movimiento "negrista"; pese a la presión concertada de una serie de factores culturales y políticos (liquidación de la burguesía blanca, cambios sociales, reivindicación del papel histórico del negro, etc.), la concepción del idioma en tanto que realidad efectiva no cuenta en su haber más que un número muy limitado de experimentos, superior en el ámbito de la poesía que en el de la prosa. La mayoría de los narradores importantes (Novás Calvo, Montenegro, Virgilio Piñera, Labrador Ruiz) y de los poetas

13. La palabra "afrocubano" es un botón de muestra. Los hispanizantes la emplean como si fuesen dos términos antitéticos en lugar de ser lo cubano mezcla de lo africano y lo español.

(Ballagas, Brull, Florit, Lezama Lima, Cintio Vitier) han escrito sus principales obras guiados por la voluntad correctiva de su adhesión al modelo ideal. En Carpentier, el negrismo ha influido más sobre el musicólogo que sobre el novelista: a excepción de su novela primeriza *Ecué — Yamba — O*, la obra de este escritor se desenvuelve magistralmente en el campo del lenguaje tipo, del lenguaje modelo. En Guillén asistimos a una alternancia de las dos concepciones, aunque con un predominio manifiesto de la ideal sobre la efectiva.

Nos detendremos ahora, aunque sea brevemente, en el análisis de las diferencias que median entre el lenguaje ideal y el lenguaje efectivo de Cuba, examinándolas en su triple aspecto de pronunciación, lexicografía y sintaxis. Desde mediados del siglo XIX, Pichardo, Macías, Armas, estudian con atención los diversos factores constitutivos del habla cubana (vestigios idiomáticos de los pobladores precolombianos, influencia africana, andalucismos) especialmente en lo que concierne el dominio lexicográfico. En su ensayo antes citado Néstor Almendros, partidario del estudio desinteresado de la lengua (esto es, sin propósitos normativos o correctivos) admite, no obstante, que el habla cubana no se puede considerar como un dialecto "sino tan sólo como una de las muchas modalidades del español en América. En último término, dice, no es arriesgado afirmar que el conjunto de fonemas del habla criolla es, fundamentalmente, el mismo que el español". Si la influencia de las lenguas lucaya, siboney y taina se reduce al léxico, y aún, dentro de éste, a zonas tan limitadas como la toponimia y la flora y fauna típicas de la Isla, la influencia negra, originada por la implantación en Cuba de centenares de miles de esclavos procedentes de la costa occidental de África, reviste, por su magnitud y persistencia, una importancia primordialísima. Nos hallamos, en efecto, en presencia de uno de los factores evolutivos más eficaces de la dialéctica constitucional de un idioma: la adopción de una lengua nueva por parte de una comunidad adulta, fenómeno

que, con más fantasía que rigor crítico, algunos lingüistas pretendieron asimilar al de las emigraciones germanas durante la decadencia del Imperio Romano para deducir de él una presunta fatalidad "orgánica" y augurar, de paso, al idioma castellano la desdichada suerte corrida por el latín. Pero este paralelo, seductor a primera vista, no resiste el examen de la crítica científica (y sobre este aspecto los argumentos de Menéndez Pidal son totalmente válidos). La implantación masiva de esclavos no alteró, como en otros contextos históricos, la morfología de la lengua, entre otras razones porque la acción de los factores estabilizadores fue más fuerte. Los africanos adoptaron lentamente el uso del español (instrumento más eficaz que el suyo propio para las nuevas formas de vida) y su influencia, escasa en el orden de la sintaxis y aun del léxico, se manifestó, sobre todo, en el campo fónico (seseo, yeísmo, asimilación de las líquidas a la consonante que les sigue, aférisis, síncopas, apócopes, metátesis, etc.). Como en los demás países mestizos hispanoparlantes no se trata de un caso de "adstrato" (según el término de Marius Valkoff) sino de "substrato".

Desde Grazidio Ascoli se denomina "substrato" al influjo que una lengua invadida y vencida ejerce sobre la invasora y vencedora. "Cuando una lengua se impone a una comunidad heterolingüística, escribe Alarcos Llorach, sabido es que no se adopta repentinamente. Antes de que la lengua nueva se generalice, precede una etapa más o menos larga de bilingüismo, durante la cual la lengua vieja se olvida, pero produciéndose entremezclamientos de elementos de una y otra. El triunfo definitivo conlleva muchas veces el reajuste del sistema triunfante: el resultado viene a ser una especie de compromiso de los dos sistemas fonológicos" [14]. Esto es: en la evolución del idioma vencedor actúan de modo soterrado tendencias inherentes al viejo idioma vencido.

Analicemos lo sucedido en Cuba. "Los *yorubas*, escribe Almendros, llamados antes entre nosotros *lucumíes*, proceden de la vasta región del río Níger... La preponderancia de la cultura y por lo tanto de la lengua yoruba sobre las otras culturas y lenguas de pueblos negros de Cuba, ha sido comprobada sin lugar a dudas... palabras del idioma yoruba han entrado a formar parte del vocabulario corriente de casi todos los cubanos... Realmente el aporte... ha sido relativamente poco amplio. La influencia negra se refleja más en la pronunciación que en el léxico. Esta influencia fue notada ya de antiguo por nuestro primer filólogo Esteban Pichardo, que registró con admirable precisión, dada la época, el habla de los esclavos africanos...: "un castellano desfigurado, chapurreado, sin concordancia, número, declinación, ni conjugación" ...Naturalmente que esas pronunciaciones y formas idiomáticas de los negros de la Colonia fueron cediendo hasta desaparecer por completo con la emancipación de los esclavos y el advenimiento de la República, pero es evidente que muchos de los fenómenos fonéticos que señalaba Pichardo han dejado huella más o menos marcada en el lenguaje criollo actual".

Insistimos en el elemento biográfico que apuntábamos al comienzo de nuestro ensayo: Almendros, nacido en España y educado en Cuba, reside en Europa desde 1962; Carbonell, oriundo de la provincia de Oriente, es de raza negra y de formación ideológica marxista. Si cotejamos ahora las opiniones de uno y otro observaremos, a pesar de las profundas diferencias existentes entre ambos, una coincidencia fundamental. "Es verdad que nuestra lengua es la española, escribe Carbonell, pero no es menos cierto que la nuestra difiere fonéticamente, que los giros particulares son diferentes y diversa también la sicología de ambos pueblos, diferencia determinada, en primer lugar, por la presencia del negro... que deformó el español y arrastró a la órbita de su deformación a la población blanca" [15]. En su ensayo

14. E. Alarcos Llorach: **Fonología española**, Gredos, Madrid, 1965, p. 120-21.

15. Conviene tener presente aquí la "deformación" que Carbonell y Almendros atribuyen, a justo título, a la influencia negra,

precedente sobre el origen de la cultura nacional, Carbonell había puesto de relieve la importancia del factor negro en la transformación de las instituciones políticas y sociales heredadas de los tiempos de la colonia (debilitación del influjo de la Iglesia mediante el sincretismo operado con los ritos religiosos africanos, relajamiento de las estructuras familiares y sociales españolas, etc.), factor que hizo posible, en 1959, la rápida eliminación de la burguesía blanca y la instauración de un poder revolucionario. En el caso de la lengua lo sucedido en Cuba después de la caída de Batista confirma las tesis actuales de los lingüistas cuando sostienen que la estructura morfológica de un idioma no corresponde como creyeron los neogramáticos, a la estructura real de la sociedad: los cambios de ésta no afectan o afectan débilmente a aquélla debido a la acción simultánea de poderosos factores niveladores, en especial de la necesidad imperiosa de los organismos políticos responsables de la educación y propaganda de disponer de un medio de comunicaciones fácilmente comprensible para todos los ciudadanos. El influjo de la Revolución sobre el lenguaje se reduce, según pude comprobar personalmente, a la divulgación de la terminología marxista. Como decía Saussure: "de todas las instituciones sociales la lengua es la que deja menor margen de acción a las iniciativas".

Aunque dada la resistencia estructural del lenguaje, los cambios introducidos por la población negra ofrezcan una relativa importancia, ésta es, sin embargo, real, y si relacionamos el habla popular con la literatura cubana de los últimos cuarenta años verificamos en seguida que la variación efectiva operada desde un punto de vista fonético no se traduce o se traduce apenas en

corresponde, asimismo, según prueba luminosamente Amado Alonso en sus estudios acerca de la evolución fonética del castellano, a una tendencia latente en éste desde el siglo XVI: "El efecto perseverante que la lengua nacional o "el español" iba teniendo década tras década en la naciente modalidad americana se manifiesta en el hecho estupendo de que el español ultramarino compartió sustancialmente la grave evolución fonética que el idioma cumplió en España, en contraste con el judeo-español que siguió otro rumbo".

el lenguaje escrito. La mayoría de los poetas y prosistas cubanos (cuando menos los de superior calidad y exigencia) enmascaran las diferencias existentes entre el lenguaje ideal y el lenguaje efectivo con lo que la fecunda interacción de factores complementarios y opuestos deja de actuar y el equilibrio se rompe a favor del lenguaje "correcto", codificado. "Las modificaciones y cambios en el idioma se producen a pesar de la difusión normalizadora del idioma común o académico que procuran la enseñanza, la literatura de todas clases, la prensa, etc., anotaba Almendros. Existen un lenguaje escrito y una lengua hablada, con marcadas diferencias. Es, pues, difícil seguir la evolución de las transformaciones sufridas por el idioma, a través de los documentos literarios, porque la literatura no ha reflejado ni con mucho el auténtico fonetismo cubano". Apegados a los criterios de idealidad los creadores se esfuerzan, con éxito en algunos casos, mediocremente en los más, en mantenerse fieles a la disciplina de la norma literaria española. Si se alejan de ella, el alejamiento se limita al léxico e, inconscientemente a la síntaxis. Aun las audaces experiencias fonéticas de Brull, de Ballagas, son europeas, si no españolas, por su factura, por su inspiración, por su ritmo.

Al no elevar a la dignidad literaria el lenguaje hablado los creadores aumentan, sin quererlo, la distancia que lo separa del lenguaje escrito. Pese al descrédito absoluto de las doctrinas pesimistas de Cuervo, el miedo a la corrupción del idioma, a su diversificación ininteligible (el Babel lingüístico de la leyenda bíblica) les retrae y les paraliza —olvidando que el proceso evolutivo no es irreversible y unilateral, según el símil célebre de la separación de los lados del ángulo, y que la acción de los factores estabilizadores se encarga en cada estadio histórico, y sin necesidad de la intervención correctiva de los poetas, de mantener en equilibrio el fiel de la balanza. Como observa con pertinencia el filólogo Govind Chandra Pande, si las lenguas evolucionan por la acción de factores de orden histórico y cultural,

dicha evolución es únicamente posible "en función de lo que tolera su naturaleza estructural y fonética".[16]

Las experiencias de acercamiento al lenguaje efectivo merecerían, por su interés, un estudio aparte. En el cuadro de nuestros actuales propósitos recordaremos tan sólo que su importancia es menor en el dominio de la prosa (en razón del predominio en ésta de la semántica sobre el ritmo) que en el de la poesía. Entre los narradores que sortean las trampas del costumbrismo vernáculo y ahondan en el mundo lingüístico del negro (y, como dice Schaff, "el hombre no solamente piensa como habla, sino que habla como piensa") podemos citar aquí, sin ningún criterio exhaustivo (Dios nos ampare), los nombres de Lydia Cabrera (especialmente en su obra admirable *El Monte)* y del joven Guillermo Cabrera Infante —pese al carácter fragmentario y aún inseguro de sus tentativas.

En lo que respecta a la poesía hacemos nuestras las observaciones de Almendros en su estudio fonético del español en Cuba: "En nuestros días ha habido y hay no poca cantidad de escritores de origen popular o culto que cultivan un género de poesía llamada negra... En la poesía del gran Emilio Ballagas encontramos muchos elementos que caracterizan la pronunciación y la sintaxis populares entre los negros. Pero, como todos los cultivadores de este género de poesía, Ballagas incurre en el error de exagerar la pronunciación peculiar de los negros... Los literatos que intentan imitar el modo de hablar del pueblo lo consiguen a medias e imperfectamente. A las formas o construcciones más corrientes en el habla, les aplican la fonética popular en aquellos hechos o caracteres más evidentes, y así deslizan rasgos forzados o artificiosos y se les escapan otros no por sutiles poco importantes".

16. "Vie et mort des langues" (**Problèmes du langage**, p. 213). No se justifica, pues, el pesisismo de Dámaso Alonso cuando, volando en socorro del difunto Cuervo, habla de "disgregación", "quiebras en todas las direcciones", "fonética cuarteada", "de evitar que dentro de pocas generaciones los hispanoparlantes no se puedan entender los unos con los otros", etcétera. Si los factores evolutivos actúan, los estabilizadores no son menos fuertes. Los procesos, como hemos visto, no son nunca unilaterales, irrevocables. "A la larga, escribe Dámaso Alonso, la profecía de Cuervo es valedera: no hay lengua en el mundo que no haya de fragmentarse o extinguirse un día". Por el momento nada nos hace prever el fin catastrófico. Como bien dice el poeta:

Los muertos que vos matáis
gozan de buena salud.

En su "Poema para dormir a un negrito" Ballagas baraja expresiones propias de los negros bozales ("glandi" por "grande") con alguna que otra muestra (involuntaria) de voluntad correctiva ("bosiador" por "bosiadó", etc.); aun en los versos que Almendros cita como ejemplo de reproducción justa encontramos en tres ocasiones el empleo de la *ll* a despecho del fenómeno general de yeísmo.

Si no callas bemba
y no limpia moco
le va'abrí la puetta
a Visente e'loco.
Si no calla bemba
te va'da e'gran sutto
te va'a llevá e'loco.

La misma voluntad correctiva se refleja en los ocho bellísimos poemas de Guillén *Motivos de Son* entreverada con reproducciones fonéticas felices y exactas:

¿Por qué te pone tan bravo.
cuando te dicen negro bembón,
si no tiene la boca santa
negro bembón?
Bembón así como ere
tiene de to;
Caridad te mantiene
te lo da to.
Te queja todavía,
negro bembón;
sin pega y con harina,
negro bembón...,
majagua de dril blanco,
negro bembón,

zapato de do tono,
negro bembón,
Bembón así como ere,
tiene de to;
¡Caridad te mantiene
te lo da to!

(Negro bembón)

"Por qué", "dicen", "Caridad", "todavía", "zapato" por "pocque", "disen", "Caridá", toavía", "sapato", etc. Las vacilaciones e indecisiones fonéticas se repiten en los restantes poemas: "narices", "gozar", "pasar", "acordarte" por "narise", "gosá", "pasá", "acordatte"...

Puntualicemos: al examinar la pronunciación real de la Isla conviene distinguir los fenómenos de tipo regional, local o propios de un núcleo social de características bien determinadas (habla pinareña, guajira, de la desaparecida hampa habanera, de los actuales "cuadros" revolucionarios, etcétera) de aquellos otros propios de toda la población cubana sin diferencia de raza, profesión o cultura. Así, demos por caso, mientras la pronunciación de las líquidas ante consonantes suena claramente en los habitantes de la provincia de Oriente (vgr.: "carne") la asimilación de las líquidas a la consonante que les sigue es usual y común en Pinar del Río (vgr.: "canne"). Otros fenómenos tales que el seseo, yeísmo, etc., presentan, en cambio, carácter general (sólo una persona muy afectada podría pronunciar a la española: "corazón"). En este último caso (cuando no se trata de las indecisiones tan frecuentes en el habla cubana, que hacen pronunciar un mismo morfema a veces de un modo y a veces de otro: vgr. "entonse" y "entonses") nos hallamos ante un caso semejante al evocado por Menéndez Pidal a propósito de la desaparición de la *f* castellana durante los siglos XIII a XVI; en tanto que el habla familiar cubana repudia la *ll*, la *z*, los sonidos *ce* y *ci*, etc. el seseo y yeísmo son negados sistemáticamente por los escritores, no ya en la prosa narrativa y en el ensayo (lo que es, por ahora, perfectamente natural) sino, incluso, en el poema "negro" (véase, por ejemplo, la "Balada de Simón Caraballo" de Guillén) y en los diálogos que "reproducen" el habla popular (en una novela reciente leo en boca de un descargador de muelles: "esperanza", "ignorar"). En líneas generales el fenómeno permanece en estado latente, la literatura no lo tolera aún. Pero, a riesgo de aumentar la distancia que separa ya el lenguaje ideal del lenguaje efectivo, no me parece aventurado preveer que, dentro de cien, de doscientos años (la lentitud es enorme), la tendencia innovadora hallará acogida, se generalizará entre los escritores. Y los autores más "modernos" serán, entonces, aquellos que, con la necesaria prudencia y gusto artístico, habrán reproducido, en la fase intermedia que atravesamos, la pronunciación común y llana, en lugar de encastillarse, como hoy, en los criterios de idealidad. Bien que (contrariamente a la opinión de Cuervo y a la moderna y más cauta versión de Dámaso Alonso) las tendencias lingüísticas no sean nunca fatales ni irreversibles, no creemos que, aun en el caso de una intensa "corrección" pedagógica, la *ll* y la *c* fuerte se aclimaten, en el porvenir en el habla familiar de la Isla. [17]

Los estudios y monografías sobre el léxico y fonética antillanos obra de Fernando Ortiz, Navarro Tomás, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, etc., contribuyen a sacudir eficazmente el yugo pomposo de la Real Academia Española sobre el riquísimo lenguaje popular "africanizado" y brindan una sólida base científica a las futuras experiencias de los escritores. Pero la concepción de la lengua en tanto que realidad efectiva tropieza aún, en Cuba como en España, con la influencia

17. Me viene a la memoria una anécdota que me refirió en La Habana el gran cantante negro Bola de Nieve. Durante su infancia Bola de Nieve asistía a una escuela regentada por religiosos **product of Spain** y uno de ellos se obstinaba en hacerle pronunciar "correctamente", a la española. Majestuoso, inmenso, se plantaba ante el niño negro con una reglilla en la mano y ordenaba: "Di Zaragoza". Aterrado Bola de Nieve repetía: "Saragosa" mientras los golpes llovían sobre él y el sacerdote gritaba: "No, no, no. ¡Zaragoza, Zaragoza!"

predominante de los criterios puristas y normativos. Para el académico español al uso se escribe (y pronuncia) "bien" y se escribe (y pronuncia) "mal" como se realiza una buena acción o se comete una fechoría[18]. En sus manos la gramática se convierte en un código penal de delitos y faltas, y amparados en el sacrosanto rigor de sus principios y leyes académicos hay quienes enmiendan la plana hasta al mismísimo Cervantes.

En mi opinión personal esta tiranía del castellanismo académico sobre las demás regiones de España y países hispanoamericanos resulta no solamente anacrónica e injusta sino también perjudicial y falsa. La Academia no es el templo (ni el banco) del Buen Decir y las añejas prosas castizas (refrito de Quevedo y del primer Valle Inclán) con que aquella acuna sus oídos (y estropea los nuestros) no sirven ni pueden servir de modelo a nadie (aunque, siguiendo el ejemplo de cierto epígono ilustre, algunos de mi generación caigan aún en la

18. A raíz de publicar mi reportaje "Pueblo en marcha" en el suplemento del diario **Revolución**, entonces dirigido por mi amigo Carlos Franqui, reportaje en el que intentaba reproducir con escrupulosa fidelidad el léxico y la fonética de la población negra de Manzanillo, provincia de Oriente, un periodista me acusó de exagerar "la ignorancia y la incultura" del pueblo cubano. Desconociendo la orientación actual de las disciplinas lingüísticas, el autor del ataque —cuyo fervor revolucionario no pongo en duda— probaba, sin saberlo, la persistencia en él y en otros, de una soterrada mentalidad colonial.
El estudio desinteresado de la lengua gana cada día posiciones en el campo científico: un crítico tan conservador y tradicionalista como Menéndez Pidal admite, no obstante, "que las leyes fonéticas regulares sólo existen en el papel; no hay ni hubo jamás una regularidad fonética: sólo hay la que por espejismo creen ver los filólogos". Señalemos, a mayor abundamiento, una observación muy oportuna de Amado Alonso: "ninguna forma en un idioma dado se deforma o acorta o deteriora por proceso natural, sino porque los hombres la alteran, ni ninguna otra persiste en su integridad contra natura, sino porque los hombres la mantienen así. El que haya más propósito, consciente en el cultivo de unas formas que en el de otras, de ninguna manera las divide tampoco en ilegítimas o legítimas, la diferencia es de grado y no de esencia, pues propósito consciente en el cultivo de unas formas que en el alerta, hay absolutamente en todo uso del idioma". Rafael Lapesa opina por otra parte: "Los progresos técnicos hacen pensar que está cerca el momento en que la palabra humana pase automáticamente de la voz a la escritura... El día en que estos procedimientos alcancen pleno desarrollo y se extiendan a la imprenta, la ortografía abandonará irremediablemente todos sus arcaísmos y se ajustará a la fonología".

trampa); la prosa "descuidada" de Galdós, e incluso de Baroja, están más cerca del idioma llano actual, resultan mucho más vivas y ejemplares que la de tanto purista rancio.

Hay que partir del principio (excúsesenos la perogrullada) que el lenguaje lo crea la sociedad y no los gramático: el papel de éstos no puede consistir, pues, en establecer un código penal de delitos y faltas, sino en averiguar y explicar por qué se producen ciertas anomalías y mutaciones en un idioma en un momento determinado de su historia. Con frecuencia lo que se llama "incorrección" —y eso reza tanto para Cuba como para España— no es más que la expresión de una manera nueva de ver las cosas, del desenvolvimiento de las fuerzas latentes que operan en el interior del lenguaje. Respondiendo a una consulta mía escribía el novelista Corrales Egea: "Los idiomas cambian como los demás elementos de comunicación; tienen un valor relativo e histórico y su "belleza" o "estética" sólo son válidas mientras un estado preciso sea inteligible. Un poema francés escrito en el siglo XII, al resultar ininteligible para la gente común, deja de ser bello ni feo. Es, simplemente, una mezcla de sonidos incomprensibles, salvo para una capilla de eruditos". Observación muy pertinente ésta, y que bien pudiera aplicarse en España a quienes se extasían de modo risible y prorrumpen en balidos líricos ante las "bellezas sublimes" de la glosa del monasterio de San Millán de la Cogolla y se fundan en ellas para sostener peregrinas interpretaciones del alma española y envenenarnos de paso, si cabe, nuestra menguada existencia cívica.

Volvamos, para terminar, al artículo de Carbonell y su análisis ideológico de la poesía de Guillén. Después de haber señalado su papel de descubridor de una realidad hasta entonces oculta: el mundo negro y el mundo de los explotados gracias a "una nueva visión que le coloca por encima de sus predecesores y contemporáneos" (algunos de ellos, admite Carbonell, son poetas más depurados que él, aunque añade en seguida: "Ve-

lázquez pinta mejor que Goya, pero Goya es el iniciador de la pintura moderna"), Carbonell le reprocha su abandono posterior de la temática del negro, el no haber calado, como Lam, en el mundo mágico-real de su religiosidad: "Wilfredo Lam, libre de ataduras, se lanza a la conquista de ese mundo y se apodera de él... incorpora a sus cuadros los símbolos que suelen dibujarse en el Cuarto Fambá y, a través de ellos, interpreta la dialéctica trascendental de este mundo... Nicolás Guillén rozó el misticismo negro y no profundizó en él... De haberlo explotado, su poesía hubiera ganado en contenido, hubiera superado el folklorismo de su primera etapa... desde 1937 la tradición entra con plena autoridad en su poesía. ¿Embrujo de la nación madre? Cabría preguntarse además: ¿no le hizo eso perder sus enormes posibilidades de conducir su poesía hacia una visión más compleja de lo cubano?..."

Como los formalistas rusos observaron en su día la correlación tradicional forma (vaso)/fondo (agua) se disuelve, en realidad, en la concepción del hecho literario interpretado como deformación de todos los factores que lo integran por el factor constructivo. El análisis del lenguaje (fonético, morfológico, sintáctico, estilístico) contribuye así a aclarar el origen de algunos cambios de rumbo como el que Carbonell señala en el poeta nacional de Cuba: el "material" no es ajeno a la forma, el material es "formal" asimismo. La oscilación del escritor entre el lenguaje ideal y el efectivo no es, pues, un fenómeno secundario y circunstancial; ahondando en él podemos afirmar, por el contrario (y la obra de Nicolás Guillén es un botón de muestra) que se sitúa en el centro mismo de la creación artística.

LÉXICO CUBANO

Acá: Éste, esta persona. Se emplea como adjetivo pronominal demostrativo como en Andalucía. *Ven acá:* equivale al mira, escucha, del diálogo castellano.

Acotejar: Acomodar, disponer, preparar.

Afrijolar: Vulg. matar, asesinar.

Agachado: Individuo que se oculta para no cumplir su deber patriótico. Idem que se echa al monte cuando la guerra está prácticamente terminada. Proviene de la guerra de liberación contra España.

Agacharse: Esconderse, ocultarse.

Agua (como...): En cantidad, en abundancia.

Ahora: Hace tanto tiempo, a determinado tiempo. Por ejemplo: "Ahora diez días que se fue". Igualmente en Andalucía.

Ahorrar: Recoger poco a poco la tarraya para que no escapen los peces.

Ají: Planta y fruto de la familia de las solanáceas. Produce un fruto picante que se emplea para condimentar. Vulg. picante.

Ajiaco: Olla podrida de legumbres y carne condimentada con aceite.

Alcatraz: Ave acuática de las costas y cayos antillanos. Pelícano.

Almácigo: Árbol muy abundante en los bosques de Cuba, de corteza rojiza.

Altarito (caerse de...): Frustrarse, malograrse alguna cosa o propósito.

Ameritar: Merecer, necesitar, requerir.

Apendejarse: Acobardarse, acoquinarse.

Árbol del viajero: Árbol ornamental de hojas muy parecidas a las del plátano.

Arrancar: Refiriéndose a la cabeza, cortarla.

Arrizar: Amarrar a un pez de gran tamaño al costado de la embarcación para llevarlo a tierra.

Arroz con mango: Vulg. lío, enredo, confusión.

Asunto: Vulg. atención, interés.

Aura tiñosa: Ave carnívora muy abundante en la isla.

Azorado: Asombrado.

Balay: Aventador hecho de guano. Se usa en el campo.

Baracutey: Dícese de la persona que vive sola, sin familia.

Batey: Plaza o jardín contiguo a los ingenios azucareros o grandes fincas campestres.

Bohío: Vivienda rústica del campesino cubano.

Bodega: Colmado, abacería.

Bongó: Tambor africano, muy usado en las fiestas y ritos religiosos lucumís y abakuás.

Botar: Arrojar, tirar, malgastar, perder, despedir, etc. Verbo muy común en Cuba.

Botar la pelota: Acertar, dar en el blanco.

Caico: Bajo que emerge en la lumbre del agua.

Caimito: Árbol de fruto comestible que crece silvestre en toda Cuba.

Caletón: Caleta diminuta.

Cangre: Nombre que se da a las secciones en que está dividido el tallo de la yuca.

Canoa: Recipiente para servir la comida a los puercos dentro de las cochiqueras. Dornajo.

Cañona (A la...): A la fuerza. Es vulgarismo.

Cao: Ave frecuente en la isla, cuyo gorjeo imita la voz del hombre. *Hablar más que un cao,* hablar más que un loro.

Cardón: Especie de cacto espinoso empleado para cerrar los linderos de las fincas rústicas.

Caretudo: Cara dura, sinvergüenza.

Carro: Vulg. Mujer.

Carta Blanca: Ron Bacardí blanco.

Casquito: Soldado del Ejército de Batista.

Catre de viento: Cama de lona sostenida por cuatro pies colocados en aspa. Se emplea aún en el campo.

Cayería: Conjunto de cayos.

Cayo de monte: Árboles o matorrales que crecen aislados en medio de un llano o sabana.

Cayuco: Especie de canoa de origen indio sin popa ni quilla. Se emplea especialmente en los ríos.

CECC: Iniciales de Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos.

Celebrarse: Cortejarse, festejarse. Se usa en la provincia de Oriente.

Cernidito: Cernidillo, lluvia menuda.

Cigarro: En Cuba, cigarrillo.

Clave: Instrumento musical formado por dos trocitos de madera que se golpean uno contra otro para acompañar a la guitarra.

Cobijar: Techar un bohío con guano y yagua.

Cobo: Caracol marino. Caracola.

Cocal: Bosque de cocoteros.

Cocotuses: Niños bitongos, ricos ociosos.

Comecandela: Bravucón, persona que presume de valiente.

Comer pavo: Quedarse una mujer sin bailar porque nadie la invita.

Compay: Apócope de compañero. Muy usado en la conversación en la provincia de Oriente.

Conchucharse: Conchabarse.

Comején: Insecto roedor de la madera. *Tener comején en la azotea,* estar guillado, faltarle a uno un tornillo.

Congrí: Arroz con alubias rojas. Término de la provincia de Oriente.

Conjuntico: Pequeño conjunto de tres o cuatro músicos generalmente ambulantes que va de bar en bar o se alquila en las fiestas.

Conrado Benítez: Primer alfabetizador víctima de los contrarrevolucionarios.

Cordelar: Tumbar palmiche con una cuerda.

Corojo: Palmera muy común en Cuba, de tronco espinoso y grueso por el medio y delgado en la parte inferior y superior.

Corrérsele una teja a uno: Volverse loco, chiflarse.

Cortadera: Hierba de bordes cortantes muy común en lagunas y ciénagas.

Costanera: Terreno firme próximo a la ciénaga.

Croton: Arbusto de adorno, con hojas de diferentes colores, muy común en los jardines de Cuba.

Cuabear: Pescar de noche con teas o candiles.

Cuje: Tablas de madera empleadas para construir las paredes de los bohíos.

Chancleta (Largar la...): Vulg. Estirar la pata, morir.

Chapeador: Que chapea.

Chapear: Limpiar un terreno enmaniguado a golpe de machete.

Chequear: Vigilar, comprobar, fiscalizar. Muy común en Cuba.

Chequeo: Acción y efecto de chequear.

Chévere: Magnífico, bueno, elegante, simpático.

Chilote: Mazorca de maíz tierno.

Chinchorro: Jábega.

Descobijado: Bohío sin la cobija de guano.

Desentupir: Abrir los ojos.

Desguazar: Romper, destrozar.

Desmaniguar: Limpiar un terreno de manigua.

Desteñirse: Mudar de opinión una persona con gran facilidad.

Dormirse (A una mujer): Vulg. beneficiársela, acostarse con ella.

Embullo: Emoción, entusiasmo, a menudo pasajero. Es muy usual.

Enmaniguado: Terreno lleno de manigua.

Empatar: Unir, juntar, ligar.

Engodar: Atraer a los peces mediante el engodo.

Engodo: Carnada para atraer a los peces, que se prepara machacando boquerones con harina y arcilla.

La emplean los tarrayadores para pescar camarones.

Entrada (Dar una): Vulg. zurra, paliza.

Eriero: Vulg. hermoso, chévere.

Esbirro: Agente de la dictadura batistiana. Cualquier persona comprometida con la misma.

Escusabaraja: Caja de borde pequeño, que se coge mediante cuerdas qeu arrancan de sus cuatro esquinas para luego unirse en una sola que suspende al mueble del techo. Se usa en el campo.

Fajarse: Pelearse y reñir las personas. Acometer un trabajo o empresa. Comenzar o continuar una tarea. Es un verbo muy común, con infinidad de aplicaciones en el lenguaje de la calle.

F.A.R.: Iniciales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Ficha: Hombre informal, poco escrupuloso.

Flamboyán: Árbol de adorno de hoja muy fina, común en jardines, paseos, avenidas.

Foguerear: Quemar los residuos vegetales de la manigua.

Fogoneado: Dícese del poste o estaca podrido por la humedad.

Frita: Vulg. comida. Dícese también de la comida que se vende en los carritos y tenderetes callejeros.

Fritero: Vendedor de fritas.

Frutabomba: Papaya. Término eufemístico empleado especialmente en La Habana.

Geva: Mujer, en argot habanero.

Guabinero: Rácano. Es vulgarismo.

Guagua: Autobús.

Guajiro: Campesino cubano.

Guano: Nombre genérico de todas las palmas indígenas que tienen las hojas o pencas en forma de abanicos. El guano se emplea para cobijar los bohíos.

Guapo: Adj. se emplea en Cuba tan sólo como sinónimo de valiente, esforzado.

Guardarraya: Línea divisoria entre dos campos de caña que se utiliza como camino. Camino de entrada de

una finca rústica, formado por dos hileras paralelas de palmeras, cocoteros u otros árboles.

Guásima: Árbol que crece silvestre en toda la isla. Durante la guerra contra el colonialismo español los mambises colgaban de él a los traidores y renegados.

Guataquear: Adular.

Guayabera: Camisa de hombre larga hasta la altura de las manos caídas, abotonada por delante y que se lleva por encima del pantalón.

Gusano: Vulg. Contrarrevolucionario. Emigrado después del triunfo de la Revolución.

Halón: Tirón, Pronúnciase *jalón.*

Hecho: Adj. acostumbrado, habituado.

Hierros: Vulg. armas.

Horcón: Madero fijo en el suelo que sirve para sostener la techumbre de las casas o los portales en los edificios de madera.

I.N.I.T.: Iniciales del Instituto Nacional de Industria Turística, creado por el Gobierno Revolucionario.

I.N.R.A.: Iniciales del Instituto Nacional de la Reforma Agraria.

Iyamba: Jerarquía superior del rito abakuá.

Jamo: Salabre.

Jata: Especie de palmera muy común en Cuba, cuyo tronco se emplea para postes y horcones.

Jaulas: Vagones sin techo de los trenes cañeros.

Jején: Insecto imperceptible que cae en enjambre sobre personas y animales ocasionando una picadura muy molesta. Es propio de zonas bajas y pantanosas.

Saber dónde el jején puso el huevo: Saber más que las culebras.

Jeringón: Adj. fastidioso.

Jiquí: Árbol cuyo tronco se emplea en horcones, postes, etc., a causa de su resistencia a la humedad.

Júcaro: Árbol silvestre muy abundante en Cuba. Los carboneros los queman en sus hornos.

Legislar: Vulg. regir, decidir.

Lengua de vaca: Planta de adorno de hojas moradas muy común en los jardines.

Libre (Por la...): En cantidad, en abundancia, sin orden ni medida. Es vulgarismo.

Lucir: Vulg. Parecer.

Macheteado: Adj. aplicado en los reclamos comerciales, equivale a reducido. Por ejemplo: Precio macheteado.

Madre: Haz de leña en los hornos de carbón.

Madrugar: Vulg. sorprender.

Majá: Culebra amarillenta de tres a cuatro metros de longitud.

Malanga: Planta muy cultivada en la isla, cuyo tubérculo se emplea frecuentemente en la cocina popular.

Mambises: Patriotas cubanos que combatieron en la guerra de la independencia contra España.

Manglar: Terreno cubierto de mangles.

Mangle: Planta que medra en abundancia en las orillas de las ciénagas, ríos, lagunas, bajíos, cayos, etc. Crece en aguas salobres.

Manigua: Maleza que, favorecida por el clima, invade los terrenos abandonados. Vegetación silvestre.

Marabú: Planta nociva, muy común en Cuba, que se propaga rápidamente.

Marabuzal: Terreno poblado de marabú.

Mar pacífico: Planta de adorno muy común en los jardines a causa de la belleza de sus flores.

Meter caña: Vulg. activar un trabajo.

Mocha: Machete corto, especialmente empleado para cortar caña.

Molote: Alboroto, escándalo, tumulto.

Montuno: Adj. Campesino. Viene de monte, esto es: campo.

Mora: Mulata de facciones finas, parecidas a las de la mujer árabe.

Níquel: Moneda de cinco centavos de valor equivalente a la vigésima parte de un peso.

Norte: Los Estados Unidos de América.

Ñame: Planta muy cultivada en Cuba, cuyo tubérculo es comestible.

Ñáñigo: Dícese del afiliado a la sociedad Abakuá,

muy extendida en Cuba, especialmente entre la gente de color.

Órgano Oriental o de *Manzanillo*: Órganos fabricados por Pancho Borbolla, empleados en las fiestas y bailes de los guajiros.

O.R.I.: Iniciales de las Organizaciones Revolucionarias Integradas que agrupan el Directorio Revolucionario, el Movimiento 13 de Marzo, el Movimiento del 26 de Julio y el Partido Socialista Popular, para fundirlos en el futuro Partido Unificado de la Revolución Socialista.

Paila: Caldera de los ingenios azucareros en donde se cuece el melado. En Andalucía, sartén sin mango y con asas; asimismo caldera de los molinos aceiteros.

Palanca: Vara larga de madera para impulsar cayucos, canoas, y otras embarcaciones. *Tener palanca:* Vulg. Tener enchufe, como en Andalucía.

Palmiche: Fruto de la palma real. Se emplea para cebar cerdos y otros animales. En Andalucía, fruto del palmito.

Palo (Darse un...): Vulg. Darse un trago.

Paquito Rosales: Alcalde comunista de Manzanillo asesinado por los esbirros de Batista.

Parejo: Vulg. Igual, semejante. Muy usual en la conversación.

Pasudo: Adj. Dícese del pelo de las personas de raza negra cuando tienen mucha pasa o rizo.

Peine: Especie de rastrillo usado por los carboneros.

Pegar los tarros: Poner los cuernos.

Picuda: Pez semejante a la aguja, temible por su mordida.

Piedra: Ojo. Es término del argot habanero.

Pieza: Vulg. Amante, querida.

Pintón: Dícese del plátano, ni verde, ni maduro. Íd. en Andalucía.

Piñón florido: Árbol parecido a la acacia, que se emplea para setos vivos en numerosas fincas.

Piolo: Negro que frecuenta preferentemente a los blancos.

Plan: Espacio claro en medio de un bosque en donde los carboneros encienden sus hornos.

Ponchar: Pinchar el ponche o neumático de los automóviles.

Privar: Vulg. Confundir.

Prieto: Moreno, oscuro.

Punto criollo o guajiro: Canto popular cubano.

Quilo: Centavo. Centésima parte de un peso.

Rabihorcado: Ave marítima de las costas antillanas.

Radio Swann: Emisora de los emigrados contrarrevolucionarios.

Rastra: Carreta rústica, sin ruedas, arrastrada por una yunta de bueyes que los guajiros utilizan para acarreo de materiales y como medio de transporte.

Retreta: Función nocturna de música al aire libre.

Sabrosón: Frescales. Aficionado a vivir a costa de los demás.

Salcocho: Sobras y desperdicios de comida que sirven de alimento a los puercos. Comida mal aderezada.

Salpafuera: Alboroto, altercado.

Sapear: Vulg. Estropear, fastidiar, traer mala suerte.

Saoco: Ron blanco mezclado con agua de coco y hielo.

Serrucho: Pez antillano de carne muy sabrosa.

Siquitrilla: Conjunto de siquitrillados.

Siquitrillado: Toda persona perjudicada económicamente por las leyes revolucionarias. Es sinónimo de burgués contrarrevolucionario. El término procede de las peleas de gallos: El gallo de Fulano partió la siquitrilla a su rival.

Sonar: Vulg. Golpear, pegar.

Tabaco: Cigarro habano. Puro.

Tacho: Caldera de los ingenios azucareros en donde se acaba de cocer el melado de la caña.

Tángana: Fam. riña, pelea, alboroto.

Tanguearse: Caminar haciendo eses. Se dice de los borrachos.

Tarraya: Red de mano, empleada especialmente en

ríos, puertos y bahías. Es un arte de pesca parecido al esparavel español. Atarraya.

Tarrayar: Pescar con la tarraya. Atarrayar.

Tarrayador: Pescador que usa la tarraya. Atarrayador.

Tigres de Masferrer: Policía particular del senador Masferrer, tristemente famosa por su crueldad durante la represión en los últimos años de la tiranía batistiana.

Torre: Chimenea de los ingenios azucareros.

Tostón: Rodaja frita de plátano verde. Es un término propio de la provincia de Oriente.

Totí: Pajarillo diminuto de color negro muy abundante en Cuba. *La culpa de todo la tuvo el totí:* se dice cuando alguno quiere descargarse de sus culpas.

Tralla: Relinga o cordel que une los plomos de la tarraya.

Tranquera: Especie de talanquera de las fincas rústicas cubanas.

Tres: Instrumento músico popular de tres cuerdas con el que suelen acompañarse los recitadores de punto guajiro. En otros lugares posee seis cuerdas.

Uva caleta: Uvero.

Uvero: Arbusto muy abundante en las playas arenosas, de tronco rosado y hojas grandes, redondas y rojizas.

Vara en tierra: Dícese del bohío que carece de horcones y paredes de cuje, con techo de guano de dos aguas que llega hasta el suelo.

Varazón: Conjunto de cujes que forman las paredes del bohío.

Viandas: Ciertas raíces comestibles de algunas plantas como la malanga, el ñame, el boniato, la yuca, etc.

Victrola: Tocadiscos, juke-box.

Vira virando: Tal cual, medianamente, así así.

Virarse el moño: Fam. levantarse con el pie izquierdo. Se dice cuando alguno da señales de malhumor.

Virutica: Vulg. propina. Cosa menuda.

Vivir: Mirar intensamente con lubricidad, en argot habanero.

Yarey: Especie de palma con cuyas hojas se fabrican sombreros, esteras, serones, etc.

Yuca: Arbusto muy cultivado en Cuba, cuyo tubérculo es comestible.

Zafra: Cosecha de caña de azúcar. La duración aproximada de la zafra es de cuatro meses.

Zonzo: Tonto, abobado, acortado.

Este volumen de Libros de La Pupila se terminó de imprimir en el mes de abril de 1969 en Imp. García S. A., Río Branco 1511, Montevideo. Edición amparada al art. 79 de la ley 13.349.

LIBROS DE LA PUPILA 6

Un reportaje - narración a la revolución cubana, a los guajiros, a los hombres de la calle; una mostración objetiva de la tierra americana y de su lengua, donde el primer novelista de la España actual descubre la fraternidad popular y revolucionaria.

"El relato de Juan Goytisolo —dijo **Verde Olivo**— tiene un fondo tan intensamente humano que nadie ha podido igualar. El pueblo es el personaje principal y cada hoja levanta una onda de pasión y querencia."

JUAN GOYTISOLO | PUEBLO EN MARCHA | 6

JUAN GOYTISOLO

PUEBLO EN MARCHA